

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica **1933** Sábado 11 de Febrero

Núm. 6

Año XIV. No. 622

SUMARIO

En el XIII aniversario de la muerte de Pérez Galdós ...	Gregorio Marañón	"La mala memoria de Rubén Darío"	Simón Latino
Para una nueva edición de Galdós	Javier de Izaro	La mala memoria de Rubén Darío	Mario Santa Cruz
Apuntes para un estudio sobre la evolución de las costumbres públicas y privadas cubanas	Emilio Roig de Leuchsenring	Una idea amplia de la patria	S. Pérez Triana
Romances del adiós	Luis Enrique Osorio	Abogar por Haya de la Torre es abogar por centenares de víctimas de la barbarie con mando	Juan del Camino
Fonitura barojiana	Azorín	Cundito	Juan Bosch
Pío Baroja y su mundo	M. Fernández Almagro	El enigma de Karl Marx	Carlos Pereyra

En el XIII aniversario de la muerte de Pérez Galdós Sentidas palabras del Dr. Marañón

= De La Libertad, Madrid =

Hoy se cumplen trece años de aquel día en que se cerraron para siempre los ojos del gran profeta de la España contemporánea: aquellos ojos penetrantes, que desde tiempo atrás la mano piadosa de Dios había ido cegando, al par que su claro entendimiento, para que así el trance final, que tanto temía, se deslizase en la penumbra suave de la semi-conciencia.

Yo tengo muchas cosas que decir de Galdós. El azar quiso que estuviese por largo tiempo cerca de él, lleno de su intimidad y de su afecto. Y tuve la ambición juvenil de ser un pequeño Eckermann de aquel grande hombre, tan parco de palabras. Pero no es éste el momento para intentar la reconstrucción, que tanto deseo hacer algún día, de su vida, deformada por la leyenda adversa o propicia. Hoy quiero solamente recoger, en palabras muy breves, la emoción de este aniversario, a sabiendas de que lo haré sin mañana, pero contento de cumplir un deber que me imponen la indicación de los amigos del maestro y mi propia veneración a su recuerdo.

Y acaso sea, entre cuantos temas sugiere su rememoración, el más propio para ser meditado aquí, (1) en esta libre cátedra de los árboles y del cielo, que parece que dan universalidad y eternidad a cuanto se pronuncia desde ella, el de la gran lección comprensiva y serena que Galdós nos dió de nuestra propia historia, hoy más que nunca precisa, por lo mismo que la actualidad de nuestros días, candente y descarnada, nos empuja a



Pérez Galdós

Dibujo de Sancha

Para una nueva edición de Galdós

= De El Sol, Madrid =

Habrà aquí de seguro cuestiones previas de abogado y procurador. Si casi todo Galdós vive en ediciones innobles, habrá de seguro un contrato, un obstáculo judicial por medio, alguien que tiene a Galdós encadenado en ediciones baratas, confinado al papel grosero, a las portadas ramplonas, a los tipos de letra feos y gastados, a una especie de purgatorio tipográfico y editorial.

Pero éste se nos aparece como un caso de expropiación forzosa en nombre del gusto público nacional y del decoro de las letras españolas. Este es un caso de intervención del Estado, como contra los que se quieren afean escandalosamente los monumentos nacionales. Y es que se diría que hay una innominada e ignominiosa conjura para envilecer a las glorias nacionales, para presentarlas siempre manchadas de gusto ramplón y chabacanería. A Cervan-

(Pasa a la página siguiente)

la incomprensión y a la arbitrariedad.

Y es curioso observar la insensibilidad del espíritu humano ante un hecho que sirve de fundamento a la historia de todos los tiempos, a saber: su inexorable repetición. Nada ocurre en la vida de los pueblos que no haya sucedido ya una y otra vez, sin más mudanza que la que dan los accidentes de los modos superficiales del vivir en cada etapa del ciclo de las civilizaciones. Y, sin embargo, la masa de los hombres, con invariable pertinacia, supone que los sucesos que llenan el ámbito de una época son nuevos y extraordinarios, sin relación con todo lo que les ha precedido y urgiendo siempre soluciones trascendentales y de absoluta originalidad.

Y no sólo son esclavos de este prejuicio las gentes sin letras, cuyo conocimiento de la historia del mundo empieza y termina en el universo diminuto de su propia experiencia, sino también los hombres que han leído y los que han leído mucho, los sabios y los mismos historiadores. Cualquiera de nosotros conoce desde la escuela el proceso de la crisis de crecimiento de la Humanidad, las causas que han desencadenado las guerras y las revoluciones, las consecuencias de éstas y la reacción de las masas humanas ante los cambios profundos de los Estados y de las sociedades; y, sin embargo, cuando nos toca vivir uno de esos períodos turbulentos—iguales a cualquiera de los anteriores, como una gota semeja a otra gota,—nos sentimos tan lejos de su sentido y

(1) En el Retiro, Madrid.

de su realidad histórica como si estuvieran ocurriendo en la luna.

He aquí entonces una de las misiones trascendentales del poeta. El poeta nos refiere la historia sin la muerta objetividad del historiador. El milagro de su visión, de su poesía, no estriba, como suele creerse, en deformar la verdad ni en crear ficciones con materiales de su fantasía. Sino, por milagro de la imaginación, en dar carácter de vivencia actual a lo ya fenecido. Y, por lo tanto, en dar categoría de lección inmediata, para hoy, a la lección, un tanto fría y académica, de las cosas que fueron. Los héroes de la *Iliada*, infundidos de existencia suprarreal y por ello eterna, gracias al genio poético de un cantor errante, han dado a los hombres de muchas generaciones una lección de realidad superior a la de los anales más escrupulosos. Porque lo que el poeta añade a la verdad desnuda es también verdad, y verdad esencial, limpia de las verdades circunstanciales y perecederas. Realidad, por lo tanto, de sentido perdurable y dotada además de capacidad de adivinación, de génesis de lo futuro. Los hombres de ahora, los de esta edad que llamamos "práctica", hemos perdido mucho con no leer a Homero y a los que como él han visto la historia a través de sus sueños. No hay mal ni crisis de las humanas colectividades que no tenga la pauta de su remedio en un suceso anterior. Y esta medicina de la historia por la historia misma son los poetas los encargados de recetarla y de repartirla a tiempo.

Galdós fué, ante todo, el gran juglar de la historia de un siglo español. Historia que aprendió hojeando de pasada los archivos, pero sobre todo viviendo por el ámbito de España con plenitud apenas igualada por ningún otro español y soñando además sus quimeras proféticas sobre las realidades de cada día. Por ello es necesario que releamos hoy, para enseñanza nuestra, sus libros. No sólo los "Episodios", sino sus novelas, que tienen a veces, sin figurones históricos, una realidad más trascendente que aquéllos, y además sus apuntes de cronista, injustamente desdeñados, en los que hacía la historia de lo que estaba viendo con el mismo sentido de eternidad con que hacía revivir a

los héroes de la Independencia, a los guerrilleros carlistas o a los vecinos del Madrid de la "Fontana de Oro". Allí están recogidas, con sencillez que acrecienta su ejemplaridad, las inquietudes de una época, lejana medio siglo de la nuestra, con los mismos problemas de la actual: el campo turbulento, las aspiraciones obreras, las pugnas militares y civiles, la derecha y la izquierda, el personalismo que todo lo frustra, el pavor ante el porvenir.

La vida de los pueblos tiene etapas muertas, de paz, y otras de súbita marea, violenta y encrespada. Ahora vivimos una de estas últimas. Etapa llena de sucesos ásperos, tal vez de aspecto temeroso y deforme, como siempre que una civilización se agota y se inicia otra nueva. Porque las grandes transformaciones de los pueblos no suelen revestirse nunca de formas armoniosas y gratas. La forma, lo que se llama la "buena forma", es lo que más nos cuesta aprender, y cuando empezamos a aprenderlo, cuando sabemos trabajar y calar con pulcritud, cuando alcanzamos el arte de hacer todo lo preciso, lo grato y lo molesto sin herir a los demás, es justamente cuando empezamos a dejar de ser eficaces. La eficacia está siempre erizada de púas; la corteza suave envuelve, por lo común, el principio de la decadencia. No hay, pues, por qué alarmarse y renegar del exterior rudo de las cosas, ni tampoco alegrarse demasiado cuando la vida se nos presenta llena de facilidad. El mundo es así. No podemos cambiarle. Pero tenemos el deber de aplicar a nuestra actualidad la experiencia de las actualidades muertas y eternamente renovadas.

Leamos, para no olvidar esto, a Galdós. Galdós escribió casi cien años de nuestra historia. Y cuando estaba próximo a morir, en esa misma actitud como estática que Macho ha inmortalizado en su escultura; cuando su cerebro, cerradas ya casi todas las ventanas que le comunicaban con el mundo, exploraba ese otro mundo infinito de nuestro yo que todos llevamos sin darnos cuenta y sin asomarnos nunca o muy tarde, demasiado tarde, a él, universo hecho de experiencia propia y de una hondísima experiencia heredada, especie de subconciencia histórica; cuando el maes-

tro, vencido, alcanzaba ese grado de trascendencia resumida en el pensar y esa aptitud adivinatoria que ilumina la vida de los grandes hombres cuando están próximos a perderla, me dijo un día a la hora de atardecer, que a falta de los ojos, ciegos, le penetraba de tristeza por cada poro de su cuerpo de gigante, me dijo estas palabras:

"En tres ocasiones he creído terminar mi "Historia de España". La última, cuando mi vida no daba más de sí. Creyendo siempre que había cerrado una etapa del vivir español. Y obligado siempre a reanudarla. Porque en la historia, la flor de hoy es la raíz del futuro. Porque la vida de hoy es la misma que se fué y la misma de siempre. Vivir con la conciencia de que se vive no es más que repetir el ayer y soñar el mañana".

¡Con cuánta emoción he releído esta nota entre las que guardo de los tiempos de su ancianidad, cuando a veces su habitual hermetismo desaparecía, sobre todo cuando hablaba con aquellos a quienes había conocido de niños, que fueron siempre sus mejores amigos y confidentes!

En este pensamiento—vivir es repetir el ayer y soñar el mañana—está toda la obra de Galdós. Ahora vivimos nuevos episodios nacionales, que continúan todavía y eternamente aquellos que empezó a relatar su pluma juvenil y terminó obligado por las miserias de la vejez. Los personajes viven, no la existencia ficticia de lo escrito, sino una vida real, y a la cubierta bicolor de cada suceso se ha añadido una franja morada. Lo demás es igual, siempre igual. La vena caudalosa de la his-

toria sigue su curso, ya con ritmo lento, ya precipitado en revueltas cascadas y remolinos. Caen y se renuevan los Gobiernos y los tronos. Unos culpan a otros del cambio. Otros se enorgullecen de haberlo realizado. Y todos son, sin darse cuenta, actores del eterno drama, movidos a través de hilos invisibles por la mano de un Supremo autor que se sonríe desde lo alto de nuestra petulancia. Lo que era hace unos años avanzado está ya en la retaguardia. Nuevos hombres con ideas nuevas ocupan las primeras filas, y ante su ímpetu se repiten las adhesiones y los anatemas, el miedo de unos, las utópicas esperanzas de los demás. Los enemigos de antaño viven hoy en plenitud cordial. Y cuando nadie ve el camino racional para superar la crisis, la lógica inmutable que a todos nos gobierna y a todos se nos escape encuentra siempre, ya por mágica transición, ya por mutación lenta e insensible, el modo de seguir hacia adelante: adelante con la misma inquietud y el mismo olvido de la lección pasada.

Leamos las historias del gran poeta, que por serlo fué también el gran profeta de nuestra España, para encontrar en ellas el sentido de nuestro fervor de hoy y la semilla que fecundamos para que florezca mañana. Y hagamos también historia nosotros, resucitando el pasado y soñando el porvenir.

"Soñemos, alma", gustaba repetir el maestro. Soñemos, pues, porque soñar es más que vivir: es comprender y, por lo tanto, es saber esperar y saber perdonar.

Gregorio Marañón

Para una nueva edición...

(Viene de la página anterior)

tes le cuelgan el sambenito de ese monumento que todos saben; a Isabel la Católica se le deforma la espiritual figura con una retórica seudotradicionalista y una ideología seudotradicionalista como para "La hormiga de oro". A Galdós se le condena a circular en una especie de coche de tercera de la tipografía; se le obliga a vivir lustros y lustros en una especie de sucia casa de patrona del arte de imprimir. Sin duda, ¡cuánto han contribuido a ese concepto de lo "galdosiano", a ese caldo gordo de la crítica mediocre, de la crítica de la peor clase media intelectual, estas ediciones de pacotilla, para pacotilleros y cotilleros de la crítica literaria! La edición de Galdós es "galdosiana" en el peor sentido, en el más castizo y pobre sentido de la palabra. Equivale a excluir a Galdós de muchas relaciones espirituales delicadas. Son libros impresentables, libros que no pueden ser a nadie regalados.

El es, con todo, el mayor novelista español, no ya del siglo XIX, sino de varios siglos, porque es el mayor novelista español después de Cervantes. De haber sido inglés o francés, estaría en el

lugar que le corresponde. Todavía no se ha hecho de Galdós una crítica alta y universal. Se ha hecho demasiada crítica casera. Da la casualidad de que este don Benito Pérez Galdós era republicano. De manera que siendo él la mayor gloria literaria republicana en toda la historia de las letras españolas, al Estado republicano le corresponde ahora con mayor obligación honrarle, elevarle un monumento vivo y permanente, colocarle como le pertenece en los comercios de la cultura nacional. Y tanto más, al Estado republicano toca esta obligación, en cuanto es un Estado que afecta tener como capital preocupación la trascendencia de la cultura. La novela, como el teatro, tiene en este orden de la trascendencia de la cultura una determinada finalidad: ser un campo de atracción y de introducción para que las clases menos cultas se interesen por estados superiores del conocimiento. Galdós tiene un arraigo vivo, hondo, entrañable, en los lectores de buena fe de toda España, en las clases sociales de todas las regiones y provincias de España. Es un arnés magnífico para lograr aquellos fines de cultura que son propios de la novela.

Hacen falta selectas ediciones populares y selectas ediciones de lujo de Galdós; ediciones que le difundan y le ennoblezcan, ediciones que le ilustren. Tienen que ser ediciones ilustradas, porque, sea como explicación al pueblo, sea como lujo y decoración para los amantes de los bellos libros, la ilustración es lo más atractivo, lo que más entra por los ojos. Galdós además es el autor ilustrable por excelencia, el autor que ha creado un mundo plástico y visivo inagotable. Hay que ilustrar a Galdós como a Cervantes. El texto lo pide de manera imperiosa.

Existen dos series ilustradas (primera y segunda) de los "Episodios Nacionales". Es un esfuerzo loable realizado en tiempo de Galdós y cuidado por Galdós. Los dibujantes eran sus contemporáneos, sus admiradores, y se identificaban con él. Bueno o malo, el esfuerzo era el mejor que entonces, con los medios de entonces, podía realizarse, y esta edición será siempre un documento del mayor interés, porque nos da a Galdós ilustrado en su época y por su época.

Pero ese criterio no nos sirve ahora por dos razones: Primera. Porque los mejores dibujantes de ahora no son aptos para formar con el texto de Galdós un conjunto armónico. Y segunda. Porque el fin que ahora nos proponemos deberá ser harto diverso al de aquellas primeras ilustraciones de los "Episodios".

El fin entonces era meramente "decorativo" y "recreativo". El fin ahora debe ser "ilustrativo" (en un sentido crítico histórico) y por ende "educativo".

Al hacer una nueva edición de Galdós debiera tenderse a satisfacer dos intereses bien determinados: Primero. El interés nacional por la obra de Galdós. Segundo. El interés nacional creciente del público español por el siglo XIX, revelado bien claramente en la publicación de biografías, memorias, monografías de todas clases, rebusca de ediciones y estampas de la época, creación de un Museo Romántico, gusto, aun en la decoración de las casas, por los muebles y objetos artísticos del siglo pasado. Galdós, con su fábula novelesca, ha ilustrado la historia. Es con la historia misma con lo que podríamos ilustrar magníficamente la fábula novelesca de Galdós.

Toda clase de estampas y dibujos correspondientes a los asuntos y los años de los "Episodios Nacionales" nos podrían servir como base de una selección. Retratos de reyes, de ministros, de literatos, de generales, de bailarinas, de cortesanas, de duquesas. Dibujos de países, tipos populares y escenas de género. Reproducciones de cuadros. Fotografías de edificios y aun de objetos. Caricaturas, facsímiles, cabezas de periódicos y portadas de libelos. Planos de batallas. Para ilustrar al inagotable Galdós nos encontraríamos con un arsenal inagotable de cosas que vienen a su texto como anillo al dedo. Y estas ilustraciones no serían puramente capricho lujoso y erudito. Vendrían a satisfacer una de las direcciones más actuales y vivas del gusto y la curiosidad: el siglo XIX.

Una vez frente a este material copioso, convendría hacer dos selecciones que no serían sino aplicaciones económicas de una sola selección: una, para la gran edición de lujo; otra, para la edición corriente o popular.

Esta varia, vasta y rica documentación ilustrativa, ¿no convendría que fuese expuesta a los ojos del público? ¿No podría ser objeto de una gran Exposición nacional, la Exposición del siglo XIX, la "Exposición Galdós"? Ya para instalarla convendría elegir un palacio propio del objeto. A los documentos como cuadros, estampas, impresos, muebles, convendría añadir escenas de maniqués con la indumentaria de las diversas épocas, panoramas, maquetas, de edificios, reproducciones de interiores (la casa aristocrática, la casa burguesa, el café, etc.) y cuanto es costumbre en las Exposiciones modernas dedicadas a revivir una época. Esta Exposición sería objeto de una propaganda turística; sobre todo de un turismo interior (nacional, accesible a las clases modestas, con reducciones ferroviarias) y de una propaganda editorial. La Exposición debe realizarse con la edición ya iniciada a ser posible, con algún volumen publicado que permita hacer propaganda y crear suscriptores a la edición de lujo y a la edición popular.

Desde luego, todo esto tendría que ser un proyecto de Estado. 1º Para vencer los obstáculos editoriales que hubiese. 2º Para movilizar los distintos elementos (bibliotecas, museos, archivos) necesarios para nutrir el proyecto y colaborar en la Junta Ejecutiva. 3º Para realizar la Exposición. Las numerosas publicaciones editoriales que en los últimos años han acrecido el interés por el siglo XIX encontrarían una ocasión de propaganda. Aneja a la Exposición, iría una feria del libro del siglo XIX, o referente al siglo XIX. Al mismo tiempo, en los teatros. Semanas Teatrales del siglo XIX; en los Ateneos y salas de conciertos, conferencias y música del siglo XIX. Cada año el Estado debiera elegir un tema para unas grandes fiestas de cultura: un tema cuyo desarrollo sea posible en todos los grados, desde la Academia hasta la plaza pública. Y de cada una de estas fiestas anuales (que puede ser "Galdós" para 1933 o "Cervantes" para 1934) debe quedar un libro, una edición tradicional y el alto sentido moderno se junten y donde se ofrezcan dos series de volúmenes: una, para los más altos gustadores, y otra, para los más humildes.

Javier de Izaro

Apuntes para un estudio sobre la evolución de las costumbres públicas y privadas cubanas

= Envío del autor. La Habana =

(Véase la entrega anterior)

II

El estudio desapasionado de todas esas tan variadas como indispensables fuentes de información, en lo que a nuestras costumbres públicas y privadas se refiere, descubre al investigador un fenómeno que observa y confirma siglo tras siglo durante la época colonial y encuentra ratificado después, en la era republicana: que una vez constituida, aún en su forma más rudimentaria, la sociedad cubana, esas sus costumbres públicas y privadas, no presentan desde entonces hasta nuestros días y observándolas desde luego panorámicamente, transformaciones fundamentales percep-

tibles, aceptados los cambios que en lo externo, por los usos, modas, inventos y descubrimientos, necesariamente sufre cualquier sociedad del mundo occidental civilizado.

Desaparecidos los tainos y siboneyes aborígenes apenas iniciada la conquista y colonización, y sustituidos como trabajadores por los esclavos africanos y por los chinos, esclavos también en realidad, la composición étnica de Cuba, inalterablemente mantenida durante toda la colonia y en la República, produce fatalmente en una y en otra época esa identidad de costumbres en lo público y lo privado que cabamos de señalar.

De ahí que la sociedad cubana ha de ser en todo momento el resultado del cruzamiento de españoles, negros y chinos.

Aventureros de todas clases los primeros, en los días del descubrimiento y la conquista—soldados de fortuna ansiosos de hazañas y de oro, exgaleotes y penados, fráiles no menos fanáticos que ignorantes—son sustituidos paulatinamente al correr de los años por otros compatriotas, labriegos en su mayor parte, de determinadas provincias de la península ibérica, buenos, laboriosos, pero rudos, de escasa cultura y muy limitadas actividades.

Negros africanos, considerados como cosas y peores que animales, que el productivo comercio de la trata arroja en manadas a nuestras playas para servir en los campos y las poblaciones a la codicia insatisfecha siempre del peninsular y del criollo blanco; sometidos a ambos como siervos sumisos por obra

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente.

Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

del látigo y el cepo, y con quienes el primero también no tiene a menos el mezclar su sangre, aunque siempre guardando las distancias sociales, trayendo así a nuestra población el nuevo factor del meztizo, que a su vez nos da en su mezcla con el criollo blanco otro nuevo elemento étnico: el cuarterón.

Los chinos coolíes que a mediados del siglo pasado llegaban a millares a Cuba contratados aparentemente como trabajadores, pero en condiciones tales de indefensión y recibiendo un trato tan abusivo y explotador que no eran más libres ni más felices que los negros esclavos, al extremo que nuestro folklore ha recogido como prototipo del engaño la frase ser "engañados como chinos", no se mezclaron sino en muy reducidas proporciones y en los tiempos finales de la colonia con el mulato y raras veces con el blanco o el negro, y se dedicaron ya libres al pequeño comercio y al cultivo de frutos menores en los suburbios de las poblaciones.

Así se desarrollaron los cuatro siglos de la Colonia.

Pero durante la República no nos hemos ocupado en ningún momento de transformar nuestra composición étnica con sabias inyecciones de útiles inmigrantes que renovaran nuestra población, creando con el transcurso del tiempo un tipo nuevo de cubano en lo físico y en lo moral, libre de vicios y defectos congénitos a la mezcla constante de aquellas tres razas, acentuándole sus virtudes y fortificándolas con otras de que hoy carece, aportadas por las nuevas inmigraciones.

Pero, lejos de hacerse así, hemos visto en los días republicanos arribar a nuestras costas los mismos inmigrantes de las mismas provincias españolas; y para que la semejanza inmigratoria entre el ayer colonial y el hoy republicano se conviertan en identidad, han seguido entrando como en épocas pretéritas, por diversos puertos de la República, cargamentos de chinos **estudiantes**, comprados casi, y que después desalojaban a los obreros cubanos; y si desde hace años

no existe la esclavitud negra, la trata negra sí ha continuado, con la única diferencia de que en vez de realizarse con Africa se ha hecho con Jamaica y Haití; inmigraciones ambas indeseables, no por el color, sino por inciviles, analfabetas y por su condición de braceros baratos, esclavos mal retribuidos del latifundista extranjero.

A esta inalterable composición étnica es necesario sumar la falta que hemos padecido de renovación y mejoramiento por la cultura, ya que si en los primeros días republicanos se dió ligero impulso a la obra de la enseñanza popular, bien pronto fué esta abandonándose, tanto en lo primario como en lo superior, hasta llegar a la aguda y pavorosa crisis cultural que desde hace años sufre la República.

Unas y otras causas han producido que el cubano presente de ayer a hoy idénticos caracteres físicos y psíquicos, en los que no puede tampoco dejar de tenerse en cuenta la influencia del clima que lejos de acentuar ha debilitado los rasgos físicos y hasta morales recomendables de las tres razas que han formado nuestra población.

Así nos encontramos con que el cubano es físicamente—sea blanco, negro o mestizo—más pequeño de estatura, delgado y débil de cuerpo que el español o el africano y menos resistente que éstos y el chino; más nervioso, irascible y despierto; de más acentuada viveza, pero variable, superficial, inconsistente, adaptable al medio y las circunstancias por la ley del menor esfuerzo; intensamente sensual; descreído en el fondo, pero, supersticioso y fetichista; vehementemente y apasionado; paradójico y contradictorio; desinteresado, hospitalario y dadivoso hasta la prodigalidad y rumboso hasta el despilfarro; sin grandes y concretos ideales y aspiraciones; sobrio, principalmente el campesino, viviendo más al día que preocupándole el mañana, amigo como es de la vida regalada y cómoda, del goce, aunque sea poco, siempre que se alcance con el minimum de esfuerzo; pero no por ello menos in-

conforme siempre de todo y rebelde eterno, como esclavo que ha sido—blanco o negro—de sus gobernantes y amos, y por unos y otros siempre explotado y maltratado; aunque consciente de su debilidad física y de carácter, aun dominado por los más fuertes y poderosos que él, jamás sometido; poseedor del arma formidable de la burla, de la ironía, modalizada en el típico **choteo**, virtud y vicio, porque revela que se encuentran enseguida los defectos o el aspecto ridículo o censurable de hombres y cosas, que se es rebelde e inconforme, pero que faltan el esfuerzo y la constancia para realizar obra individual o colectiva de renovación y mejoramiento; apático e individualista, difícilmente sacrificable por la colectividad lo que ha producido la falta constante de unión y organización, obstáculos formidables registrados en todas nuestras campañas cívicas tanto de la colonia como de la República; dispuesto siempre a destruir, pero no a construir; a criticar, pero no a resolver, confiando en que otro u otros solucionen los problemas de carácter general.

III

Consecuencia lógica de esa inalterabilidad a través del tiempo del carácter cubano, en la Colonia y en la República, es la identidad también, en lo fundamental, de nuestras costumbres privadas y públicas, en ambas épocas.

De ahí que antaño como ogaño sean el baile y el juego los dos vicios predominantes en el cubano, por los que siente, en todas sus clases sociales, desenfrenado entusiasmo, por los que abandona presto las más serias ocupaciones y en los que invierte gustoso sus ganancias por indispensables que sean aún para su sostenimiento. No hay novelista, costumbrista o viajero que en cualquier época que escriba sobre Cuba, no registre como las dos más típicas costumbres—vicios criollos, en hombres y en mujeres,—el baile y el juego. Y en los difíciles días de la hora presente continúan ambos enloqueciendo a los hijos de esta tierra. Las reuniones sociales, ayer como hoy, no han sido sino pretextos para el baile y el juego, quedando relegada la tertulia casi exclusivamente a los ancianos y aun éstos, sin olvidar su partida de naipes o de dominó. No ha arraigado jamás entre nosotros la vida de café en lo que a peñas o tertulias se refiere. Los clubs sociales sólo existen para y por el baile y el juego, aun las sociedades deportivas.

Es el baile entre nosotros medio fácil, rápido y eficaz de estrechar relaciones sexuales, y el cubano varón de todos los tiempos ha padecido de aguda satiriasis, figurando como otra de sus costumbres revelantes la conquista de la mujer ya en la forma de noviazgos, ya en la de uniones pasajeras o permanentes de carácter íntimo, y esto tanto en los solteros como en los casados.

No ha sido nunca, en cambio, el cubano, aficionado a la bebida, no encontrándose este vicio ni aun entre las cla-

ses trabajadoras de los campos o las ciudades, como ocurre en otros países.

La llaneza y familiaridad en el trato, han borrado siempre de hecho entre nosotros las diferencias o separaciones extremas de clases, contribuyendo también a ello la mezcla de razas y el hecho de que sólo la fortuna o la política dan origen en Cuba a las mal llamadas clases altas; y sabido es que política y fortuna, tan fácilmente encumbran como llevan al abismo, mucho más al cubano, propenso a disipar el caudal heredado de sus padres o adquirido en épocas de vacas gordas o a costa del Estado y en perjuicio del pueblo.

La indolencia ha creado en el cubano la costumbre de procurarse el trabajo fácil, bien o mal remunerado, siempre que satisfaga sus más imperiosas necesidades, gustos, caprichos o vicios. Así, el trabajador, en el campo y en la ciudad, laboran frecuentemente unos cuantos días, semanas, o meses, para holgar otros, y la república ha abierto nuevos medios de holganza o vida cómoda con los puestos políticos y administrativos, las botellas, las sinecuras. Nunca falta uno o varios convidados en toda mesa, lo mismo la del rico que la del pobre. Y a última hora, el sistema de compras al fiado, tan corriente en todas nuestras clases sociales, permite sostener un tren de vida varias veces superior al de las entradas efectivas. Hasta nuestras clases más pudientes practican la vida al crédito y gozan en poder asistir a espectáculos, fiestas, comidas, de guagua o de botella, el regatear en las tiendas o el llevarse algo de contra o casi regalado o de fiado.

Esa tendencia a vivir lo más cómoda y regaladamente, y al día, ha influido en nuestras costumbres públicas en el sentido de dificultar durante la colonia, la obra revolucionaria libertadora, y en la República entorpeciendo su progreso y engrandecimiento, por querer cada uno sacar de ella el mayor provecho posible no pensando que es la nación, herencia de nuestros antepasados, patrimonio de todos, hoy, mañana y siempre.

En las costumbres públicas, apenas constituida la República, vimos salir a la superficie los mismos vicios y defectos que los hombres que concibieron y propulsaron la revolución emancipadora se proponían extirpar: los odios enconados; el egoísmo; el afán de lucro; la empleomanía; la burla al derecho, a la libertad y a la justicia; la carencia de respeto a la ley—que ya era ley cubana, el abuso y falta de probidad en los que mandaban;—la complicidad unas veces, y la tolerancia, pasividad, apatía, desunión, y desorganización colectivas, otras, en los que obedecían; el personalismo y caudillismo; el militarismo; la ineficacia de la justicia oficial; la esterilidad legislativa, el imperio de los mediocres. Y lo más triste es que muchas veces el inri ha habido que ponerlo sobre la frente de los mismos que dieron su sangre para que esos vicios, en los que ellos ahora

incurrían, desapareciesen. Si se releen los estudios sobre el régimen colonial y las críticas a él de nuestros políticos, sociólogos y economistas o las proclamas revolucionarias del 68 y del 95 o la historia de los gobiernos de muchos de los capitanes generales, se encontrarán señaladas y combatidas costumbres públicas funestas que la República no ha borrado, haciéndonos pensar, con tristeza y dolor, que ésta en el fondo, cambiadas la bandera y el himno, es colonia superviva.

Si en nuestras costumbres privadas no ha influido sustancialmente el contacto yanqui producido por la ocupación militar de 1899, la intervención de 1906 y las estrechas relaciones económicas y políticas que existen entre Cuba República y los Estados Unidos, sí ha tenido repercusión gravísima en nuestras costumbres públicas, trayéndonos un nuevo elemento de desmoralización y desorganización: el intervencionismo, toda vez que el nacimiento de la República al no ocurrir sino a impulsos de los Estados Unidos, en el momento que su gobierno lo creyó oportuno y en la forma y con las trabas que juzgó necesario imponer para la mejor garantía de sus intereses en la Isla y seguridad de su territorio, ha llevado al ánimo popular la creencia de que aquel gobierno es la última palabra y la voluntad definitiva en nuestros asuntos políticos y económicos, con grave quebranto del espíritu de solidaridad y fé nacionalistas. Esa influencia desbordante y avasalladora yanqui en nuestra vida pública desde los días primeros de la República, ha tenido lamentables repercusiones y expansiones en los problemas de la tierra y la economía, produciendo la pérdida lenta y progresiva de una y otra que las han ido

pasando de manos cubanas a las de las grandes empresas latifundistas y monopolizadoras norteamericanas, y con ello y por ello, ocasionándose la desvalorización gravísima del trabajo hasta los límites extremos casi de las esclavitudes negra y china de la época colonial y el mantenimiento en la república de una organización social a base de dos castas: explotadores y explotados. Estos últimos, cubanos y extranjeros trabajadores, y aquellos no ya la Metrópoli española, sino el capitalismo, extranjero principalmente o nativo también al extranjero unido y de él dependiente, identificados ambos para mejor explotar al obrero y al campesino.

Justo es que hagamos resaltar de este cuadro dos notas importantes y trascendentales de mejoramiento y progreso: la mujer y la juventud.

La mujer cubana ha abandonado ya su vida apacible y tranquila, de la colonia; ha invadido colegios, institutos, la Universidad, no sólo para aprender, sino para enseñar también; ha participado al nivel que el hombre, de los trabajos burocráticos, oficinescos; ha tomado su puesto en los comercios, en la industrias, en las clínicas, en los hospitales; ha llegado a ponerse al frente de empresas y negocios de todas clases; y por último ha dicho su palabra en la vida pública, ganándose por su propio esfuerzo, el distrute a la par que el hombre de los derechos políticos, civiles y sociales que todavía se le escatima.

La juventud, ha dado también ejemplo magnífico de plena conciencia de su papel en la sociedad de nuestros días, tocando arrebatado contra todo lo caduco, lo podrido, lo reaccionario y lanzando el ¡marchemos! hacia una nueva era.

La mujer y la juventud son las dos fuerzas morales con que actualmente cuenta Cuba para acometer, por la cultura, la justicia social y el mejoramiento étnico, la renovación de sus costumbres públicas y privadas y con ella el advenimiento de la nueva República que deseamos los pesimistas de hoy a quienes, parafraseando a Unamuno, nos duele Cuba.

Emilio Roig de Leuchsenring

Para todo dolor

ASPIRINA

el producto de confianza



OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén
Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Romances del adiós

= Envío del autor. De Colombia =

Con el autor:

Pretendo hacer un esfuerzo para volver a la diaphanidad, de que tanto quiere huir el modernismo, y buscar la novedad en la forma sin estrangular el ritmo, sino conservando siempre un compás fundamental. Algo así como la técnica de Debussy en la música.

Este poema que le adjunto, «Romances del adiós», se compone de seis composiciones coordinadas, en periodo emocional ascendente, y con bastante fondo de humanidad. Aislados o desordenados no producirían la misma impresión. Le agradeceré por tanto que los publique en una sola entrega, en la forma en que van legajados.—Luis Enrique Osorio.

(Fragmento de carta al Editor del Rep. Am. Guayaquil, Dic. 24. 1952).

EL CAOS

Sólo sabes de amor cuando sueñas.
Y aunque el sueño se arrulle en palabras,
la existencia monótona extingue
ese fuego fatuo de tus ansias.

Me embriagué en tus frases ardientes
y sobre esas alas
volé hasta la nube
que ante tu conciencia se rasga,
buscando recónditos estremecimientos,
caricias... siquiera miradas...

Pero no. Tus ojos huyen de los míos.
Tus manos escapan
con cierta frialdad ondulosa
que me deja hielo clavado en las palmas.
Puñales de hielo
que al ahondar arrancan
tristeza... tristeza...
como si mis dedos sangraran.

Al alzar los brazos
huyendo a mis besos
pareces
un ancla...

No quieres lanzarte al abismo,
sino en tus cadenas seguir enredada.

¡Que se aleje el barco de las tentaciones!
¡El barco fantasma!

Hoy prefieres dormir sobre la proa
de tu carabela, que vive en la playa;
mirar las gaviotas y las lejanías,
siempre encadenada.

Que el piloto audaz de las tormentas
no aliente esperanzas,
y hacia el torbellino de los oleajes y vientos
dispare su angustia malsana,
y se pierda en fantasmagorías
oceánicas de púrpura y gualda,
o persiga el reflejo de la luna
sobre altamares negras, en noches de bonanza.

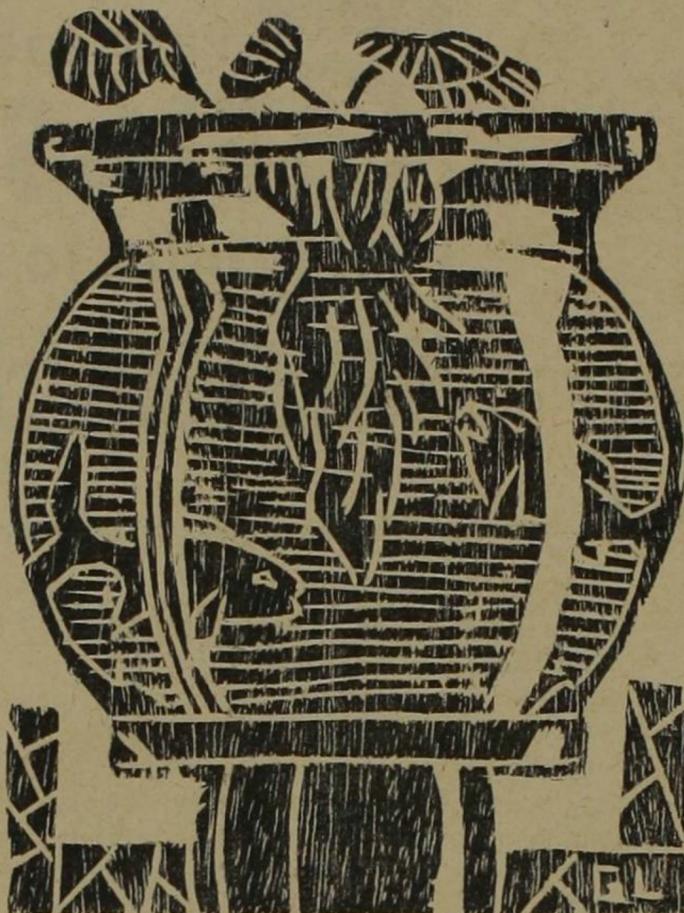
Me hundiré en el caos alegre y seguro
si conmigo avanza
tu imagen... tus brazos abiertos
que hacia la bahía
tímidos me llaman.

¡Tal vez algún día
pueda anclar en tus sueños, amada!

LA CUMBRE

Tu frialdad ha imperado.
¿Sabes? ¡Ya no estoy triste!
Ya no desmayo por tu boca
ni me tortura el imposible.

Voy a ti con mi cuerpo trepidante de savia
y a cambio de la súplica me nace la oración.



Carpas doradas

Madera de Laporte

Ya no eres a mis ojos sino un fresco sagrado
que la vida en ambiente de cárcel diseñó.

Han triunfado tus ojos;
que ya no los asedio
mendigándoles el efluvio
de la promesa y el deseo.

Mi afán, al diluirse, es nube de ternura
que en torno a tu amargura
no cesa de ondular
y se agobia en los muros de tu prisión heráldica,
vagamente animándote la pupila glacial.

Sobre mis frases locas
triunfa al cabo tu acento,
que desgrana historias banales
en el caracol del teléfono.

Por él se precipitan
todos mis juramentos,
que tu oído benévolo deja siempre brotar.
Es laguna que absorbe los tesoros del alma
sin que vibre su piélago... sin colmarse jamás.

Venció tu faz risueña
al fervor... Desde entonces
ya no te miro con el vértigo
ni la codicia de los hombres.

La soledad que otrora
flagelaba mis noches
se ha vuelto bonancible... Cuando apago la luz,
tu sonrisa de ingenua que se anima en las
sombras
es una melancólica fuente de la salud.

Me voy... Ya sólo falta
estar lejos... No verte más ni oírte
sin que se apague tu recuerdo
ni me torture el imposible.

JUEGOS DE LUZ

¡Mira el nevado! ¡Resplandece!
¡Va tiñéndose en grana!

¿Es el sol de la tarde,
o es un ardor que exhala
ese hielo dormido
desde el fondo de sus mismas entrañas?

Tu mano, antes furtiva,
un instante se acerca
a la mía en las sombras,
y se rinde, y la estrecha.
En el salón oscuro
tu bracito me ofrenda
un nido tibio y blando,
y bajas la cabeza
como diciendo:—¡Cálmate!
¡No sufras! ¡Todo llega!...

¿Es el sol de mi espíritu
que en tus nieves penetra,
o es algo que en el fondo
de tus mismas entrañas se despierta?

¡Mira cómo la nieve
brilla y se tornasola!
¡Cómo el sol, sin quemarla,
le acaricia las ondas!
¿Va a convertirla en llamarada
o a sublimarle apenas la epidermis de rosa?

Tu alma blanca, perdida
por laberintos llenos
de incomprensión, transiorma sus blancuras
en los colores del espectro:
en azulado místico,
amarillo de tedio,
o rojo del instinto
que te mueve a decirme.—¡Tengo miedo!
¡No nos quedemos solos!
—¿Me temes?
—No... ¡Me temo!

No vaciles, nevada.
Colórate en mis sueños.
Soy el sol que declina
regando en el paisaje todo su abatimiento.

Ya mi acaso no arde.
Su boato de incendio
verterá apenas en tu pesadumbre
los bálsamos claros y tiernos
de un alma herida que se inflama,
de un corazón abierto.

No esperes. Un crepúsculo
jamás ha sido eterno.
El sol se hunde poco a poco
sin herir, y se va por caminos inciertos,
sombrios, atormentadores.
...¿No ves que se está yendo?

Muy pronto la luna de las soledades
será la que dore tu cuerpo;
será la que alivie tu espíritu
si guardas la tibieza de este sol andariego
que al hundirse despliega sus cendales de
grana
sobre la nieve dúctil que abriga tus anhelos.

DESHIELO

Media noche... Las horas se van
me dicen las campanas
lejanas
con su luengo, su lento tan tan.

El silencio
yace en torno de mí.
Han llegado las horas
cortantes de partir
y sólo me acompaña la sombra del teléfono
paralítico. Ha muerto su alegre retintín...

Aunque el ébano mágico
insiste en sugerir:
Llámala, que no duerme,
para pensar en ti.

Quiero allí
por la última vez
arrullarme en tu voz.

Pero el silencio envuélveme diciendo: ¿para
qué
levantar de su tumba el adiós?

Sobre nuestro idilio romántico
desflecó la pasión su ráfaga.
Tu cabeza inclinada en mi pecho,
se bautizó en la lluvia cálida
de caricias, besos y arrullos.
Emergió del glaciario de tu ánima
una tibieza insólita
por la grieta que abrió mi avalancha.
Se te humedecieron los ojos
con la nieve hecha gotas amargas.
...Llevo aún en la boca
el sabor de tus lágrimas
y en mis manos aun siento la seda
de tu cabellera ondulada.

Un sollozo levantó tus hombros
vencidos... Y tus manos trémulas
ocultaron el rostro.
Tus ojos se clavaron en la tierra
opacados de llanto.

¡Llorabas el dolor de ser nueva!
Al quebrar el molde recio del escrúpulo,
el témpano de frialdad y soberbia,
vertiste las lágrimas de los moribundos
cuando el alma deja
la prisión humana
para volar a las estrellas.

Domina el desencanto.
No te ofusques. Contempla
los nuevos horizontes
que nuestro idilio a tu emoción despliega.
Si al glaciario se ha roto,
no impidas ya que escape tu dolencia
en pos de mi antorcha
fugitiva, incierta.
Levanta los brazos,
pero no como el ancla vencida: ¡los brazos
que vuelan!

Media noche... Las horas se van
repiten las campanas
esta vez más lejanas
con su limpio, su lento tan tan.

¿Reviviré tu voz?
No. No. ¡Si nuestro adiós.
es un cadáver ya!

Duerme. Cuando se abran tus ojos
al gris vacío matinal,
aletazos de desconcierto
en vano querrán animar
la escarcha de tu indiferencia
o mi caricia pasional.

Al enjugar tus iris, un fuego animador
iluminará el mundo de inquietud que te abrí.
Luego, al mirarme ausente, dirás que sólo fui
un preludio en tu nuevo panorama de amor.

LA FUGA

El ébano repica
nervioso... El retintín
me anuncia tu vigilia.

—¡Llévame! ¡Quiero huir!
Comenzar otra vida
y soñar junto a ti.

Tu voz lejana y temblorosa
se empeña en repetir
la súplica desesperada.

—¿Me llevas?

—Oyeme... Erase una estrella...

—¿Me llevas?

—Pero escucha...

Una estrella que dijole al cometa ambulante:
arráncame del cielo, que soy tuya.

El astro tentador
contempló el firmamento
para quedar extático.

—Llévame, sí...

—No puedo.

La estrella temblaba,
temblaba insistiendo,
y hubiera querido
fundirse en el aura del aventurero.

—¿No me llevas contigo?

—Quise intentarlo; pero...

¡qué errada sugestión!

No eres la estrella sola...

Hay hebras que te ligan a la constelación.

Las estrellas se atan
con sus hilos de luz.

Son un collar que envuelve
toda la comba azul.

—Quédate en tu apacible
constelación. En vano te quisiera usurpar.
Quizá al romper un hilo
se deshilvane toda la bóveda estelar.

Pero me queda una ilusión:
no necesito destrucción
para vivir ni para amar.
Doquiera lléveme el azar,
el firmamento será un don
que nadie me podrá ocultar.
y al elevar
hasta ese altar
el corazón
en mística contemplación,
veré tu lumbre rutilar.

—Ve hasta las cunas donde duermen
las cabecitas infantiles...
Bésalas con la misma ternura
de siempre... Que les acaricie
tu mano maternal el sueño...
Que tu abnegación las cobije
con el manto de nuestros adioses...

¿Sabes?... Ya no estoy triste...
Te veré siempre desde lejos
sin que me abrume el imposible.

PLEGARIA

El barco se va suavemente
como si lo impulsaran los pañuelos
que baten sus adiós.
No siento el dolor del arranque,
porque en valles lejanos
en tus manos
dejé el corazón.

Un plácido azul ceniciento,
evocación inmensa de tus ojos
que miré llorar,
desmáyase en gajos de nube
y sobre la marea
centellea
con ritmos de mar.

Giran los horizontes vespertinos
desplegando ambarinos
retazos en las breñas;
y como nuestras vidas,
en la playa erizada de barcas esqueléticas
se mueven en sentido contrario
los mástiles y las palmeras.

Voy de espaldas a los abismos
del océano y de la tierra.
No me atraen los precipicios
ni me subyugan las sirenas.
Sigo tan sólo en el celaje
la bruma de la cordillera
y escarmeno los grises vellones
a medida que el barco se aleja
persiguiendo con ojos astrales
la dulzura de tu faz angélica.

Cuando la mirada paseo,
diluída en el ámbito iluminas
todo mi interior.
Pero hasta en las sombras te veo,
lámpara milagrosa
que me esboza
los caminos de Dios.

Luis Enrique Osorio

Agencias del

REPERTORIO AMERICANO:

En la ciudad de Panamá:

Don Ernesto Latorre,
Apartado No. 18,
Panamá. R. de P.

En Manizales, Colombia:

Don Benigno Cuesta, hijo,
Interior. Galerías,
Manizales. Colombia.

En Arequipa, Perú:

Agencia Moderna.
Correos: Casilla 102.

En Santiago de Chile:

George Nascimento y Cía., Casilla 2298,
Otra Dirección: Ahumada, 125.
Santiago de Chile.

En la ciudad de México:

Agencia Misrachi,
Correos: Apartado 2450, México, D. F.
México.
Otra dirección: Avenida Juárez, 10.

En New York City:

G. E. Stechert & Co.
Books and Periodicals
31-33, East 10th Street.
New York, N. Y.

En la ciudad de San Salvador:

Don Eugenio Díaz Barneond,
Agencia General de Publicaciones.
El Salvador.

En París:

León Sánchez Cuesta, Librairie.
10, Rue Gay-Lussac, 10.
París. (Ve).

En Honduras:

Srta. Trinidad del Cid,
Tegucigalpa. Honduras.

En Barcelona, España:

Don Jorge Carrera Andrade,
Travesía del Carril, 6.
Barcelona. España.

En Buenos Aires, Rep. A.:

Don Leonardo Glusberg,
Rivera Indarte 1050.

En Managua, Nicaragua:

Don F. López Bravo h.
2.ª Calle S. E. No. 506

Fonitura barojiana

= De Crisol. Madrid =

Vamos a ver, queridos escuchantes, si ordenamos un poco las ideas. Escribir de una cosa o persona a tres mil años de distancia no es tarea fácil. Pío Baroja vivió allá por los fines del siglo xix y comienzos del xx. Y nosotros, queridos escuchantes, nos hallamos en este año de gracia de 3204, o sea, a mil trescientos años de aquellos tiempos. Lo que de aquellos tiempos se sabe es cosa confusa y enmarañada; no nos interesan aquellos tiempos; eran, naturalmente, tiempos de ignorancia y de barbarie. Lo primero que hemos de establecer, al tratar de aquella época bárbara, es una división entre el siglo xviii y los tiempos subsiguientes. Hasta fines del siglo xvii domina la Escolástica; no sabemos a ciencia cierta lo que era la filosofía escolástica; pongamos que era un acervo de supersticiones y de fantasías; tenemos con ello que la superstición religiosa, metafísica, es lo que da el tono a las sociedades humanas hasta fines de la centuria décimoséptima. Entra luego a confundir y enredar el cerebro humano otra creencia, no menos funesta que la anterior. Nos referimos a la Economía Política, y rogamos al escuchante que no nos pida detalles respecto a esta llamada ciencia. La Economía Política marca, con su dominio, un largo período de la historia de la Humanidad. Si antes la Humanidad estuvo sojuzgada y envilecida por la superstición metafísica, ahora lo estaba por la superstición capitalista. Los economistas debían de ser seres ingenuos y enormemente simples; ingenuos con ferocidad. Esos seres simples y bárbaros nos hablan de las leyes económicas, que son inflexibles e ineluctables; según ellos no se podían romper esas leyes; esas leyes prevalecerían siempre; las sociedades humanas no podrían prescindir jamás de las leyes de la Economía Política. Las leyes de esa llamada ciencia eran tan fatales y necesarias como las leyes físicas. Los queridos escuchantes se estarán riendo; porque al presente, y desde hace ya siglos, no hay rastro en las sociedades humanas de la tal Economía Política. Felizmente, esa ciencia de violencia, de ignorancia y de barbarie ha desaparecido, como desapareció la Escolástica.

Pío Baroja vivió en los tiempos en que había Gobiernos. ¿Saben lo que eran Gobiernos los queridos escuchantes? Difícilmente lo podríamos explicar. Que no se nos pidan explicaciones sobre el tema; diremos sólo lo que ha llegado hasta estos tiempos en que vivimos. En 3404, hablar de Gobiernos es hablar de animales fabulosos, como el catoblepas, que se comía sus propias patas sin notarlo, o el dragón alado, o cualquier otro embeleco de los que los hombres del tiempo de la llamada civilización—que era una pura barbarie—se complacían en imaginar, refiriéndolos a siglos anteriores. Gobierno parece que era un siste-



Pío Baroja

Apunte de J. Moreno Villa

Pío Baroja y su mundo

= De La Voz. Madrid. =

Puesto que los novelistas son, a su modo, descubridores y colonizadores de un mundo, que así incorporan al conocimiento y al gusto de sus lectores, es natural que Pío Baroja, novelista de mucha nota, tenga también su mundo propio, perfectamente acotado: mundo barojiano, que todos frecuentamos y al que aludimos cuando vemos en la vida real tipos o paisajes—tipos sobre todo—que parecen trasuntos o imitaciones del gran narrador. Esta inducción recíproca de la Naturaleza y del arte es en definitiva un signo característico de las creaciones literarias.

La realidad de que Pío Baroja se sirve para componer sus cuadros le preexiste naturalmente. Pero hay otra realidad que parece sugerir el novelista en cuanto se acomoda a sus interpretaciones. Lo cierto es que siempre hubo en España—¿cómo no?—aventureros, fraseólogos y mixtificadores. Pero ha sido ahora cuando especie tan pintoresca y castiza puede recibir el nombre que la define.

“Es un personaje de Baroja”, solemos decir en el café, en el tren o acaso en la fonda de provincias al tropezarnos con un hombre más o menos estropeado por la ciencia y el verbalismo.

El creador de Silvestre Paradox, entre tantos otros tipos de acentuado aire de familia, ha descubierto su mundo a través del mundo de los demás. Las caminatas por libros y países muy varios y distantes de Pío Baroja entran por mucho en la explicación de su arte, fuertemente impregnado de emociones, tanto más raras cuanto que parecen estar al alcance de cualquiera y en verdad no lo están. Porque nadie suele disponer del instrumental necesario para aprehender y aprovechar el rasgo callejero, la anécdota fugaz, el tipo que pasa...

Por pasear mucho ha podido Baroja ver y oír cosas que en sí mismas son harto triviales, pero que ofrecen a la Historia un valor considerable de docu-

(Pasa a la página 91)

ma en virtud del cual unos hombres, los menos, dominaban a los otros, que eran los más. No podemos imaginar, por más vueltas que le demos, cómo los más se dejaban dominar por los menos. Había diversas formas de gobierno, según parece; no estamos seguros de ello; pero a la distancia a que nos encontramos de aquellos tiempos, no vemos diferencia alguna entre unas de esas formas y otras. Tengan en cuenta los escuchantes—no deben olvidarlo—que los mil trescientos años últimos equivalen a dos o tres mil. Y esto porque la marcha progresivamente acelerada de las cosas ha hecho que nos fuéramos separando de la época de los Gobiernos con una rapidez que antes se desconocía. Había grupos dominadores y masa dominada. Eso es todo. Se hablaba de soberanía; en virtud de esa soberanía, los dominadores dominaban a los dominados. ¿Qué sería eso de soberanía? Nos figuramos eso como si fuera un efluvio o materia radiante que los dominados transmitían a los dominadores. Y es cómico pensar, trágicamente cómico, que ese fluido lo transmitían unos hombres a otros para que éstos—los dominadores—tuvieran la bondad de sojuzgarlos. ¿Y las condecoraciones? ¿Qué me dicen los escuchantes de las condecoraciones? No me dirán nada; porque esta palabra, tan bonita, tan eufónica, no les dirá nada a ellos tampoco. Y tal vez estén repitiendo, como loros, la palabrita. ¿Condecoraciones! ¿Condecoraciones! Debían de ser las condecoraciones como baratijas o chucherías que los hombres de la Edad Antigua estimaban en sumo grado; se las ponían en el pecho o formaban collares que llevaban con arrogancia y ufanía, a la manera que otros hombres tan ingenuos como éstos, se ponían plumas de colores en la cabeza.

Tal apego tenían los hombres de esos tiempos a las condecoraciones, que se dió un caso curioso; lo referiremos con brevedad. En la segunda República española se abolieron las condecoraciones; pero eso en aquellos tiempos no podía ser; pugnaba con los verdaderos y arraigados sentimientos de los hombres. Se revalidó, por lo tanto, una de las antiguas condecoraciones. Y esa condecoración revalidada por la segunda República española fué la de una reina que se llamaba Isabel la Católica. Ya el hecho de que una República, que acababa de separar el Estado de la Iglesia católica, adoptara la condecoración que llevaba el apelativo de una reina católica, era un tanto extraño. Pero había más; había que esa reina, ayudada por los judíos en la conquista de Granada, que sin el oro judío y la solicitud de los judíos en el abastecimiento de los ejércitos sitiadores no se hubiera podido conquistar; esa reina, decimos, apenas tomada la ciudad, se revolvió contra los judíos, con tremenda y bárbara ingratitud, y los

(Pasa a la página 91)

“La mala memoria de Rubén Darío”

= Envío del autor. Bogotá =

Con el fin primordial de hacernos sabedores de su íntima amistad con Rubén Darío, el señor Mario Santa Cruz publica, en el último **Sábado Literario** de **El Espectador**, de Bogotá, un artículo embustero contra la gloria de “su amigo”, que ni aun después de muerto se ve libre de estas remembranzas insidiosas. El poeta tuvo una vida atormentada; aunque él afirma que “como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad”, el hombre y el poeta se confunden frecuentemente en el odio de sus falsos amigos. Ningún documento lo revela más bellamente que su “Epístola” a doña Juana de Lugones; dícele:

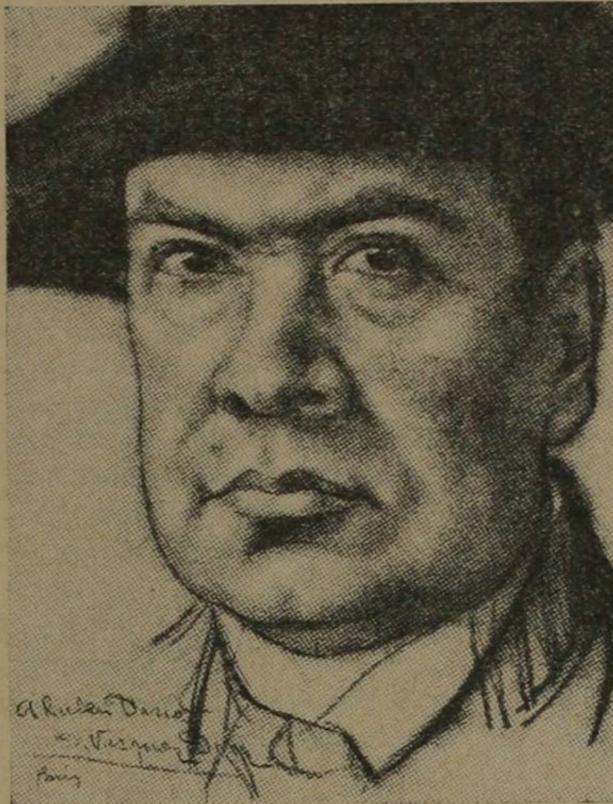
“A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,—las pequeñas miserias, las traiciones amigas,—y las ingraticudes. Mi maldita visión—sentimental del mundo me aprieta el corazón,—y así cualquier tunante me explotará a su gusto. Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo. Por eso los astutos, los listos, dicen que—no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!—Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo. Que soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo! Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo—por arrancar a otro su pitanza; no bajo—a hacer la vida sórdida de ciertos previosores. Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores”.

Tuvo amigos nobles, ciertamente, que le comprendieron y le amaron; pero detrás de esa falange, ocultos en la sombra de sus admiradores, qué innumerables legiones de “profiteurs”. Mientras el poeta accedía a sus caprichos, laudes; pero si el león, en gesto de asco, los rechazaba, laudes también pero húmedos de insidia y de traición. La alabanza insincera como mampara del odio.

Mario Santa Cruz se refiere “a la gloriosa existencia literaria del panida afro-nicaragüense”, para anotarle “errores, contradicciones y olvidos inexplicables”. Es la crítica inane que Rubén presentía: “Un diplomado os alaba por lo menos alabable que tenéis; y otro os censura en mal latín o en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí “ese gran talento de Rubén Darío”, y allá os inflige un estupefaciente desdén... Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Eso es la literatura... Eso es lo que yo abomino”.

Lo que Darío abominara, déjanlo sobre su tumba sus enemigos íntimos. En todo el artículo de Mario Santa Cruz no hay una sola verdad, como voy a demostrarlo. Voy a insertar fielmente sus palabras:

“El imperdonable olvido de Rubén, que motiva este artículo y explica su título,—dice Santa Cruz,—consistió en



Rubén Darío

Dibujo de Vásquez Díaz

La mala memoria de Rubén Darío

= De *El Espectador*. Bogotá =

He leído varias veces la autobiografía de Rubén Darío, escrita por encargo de Caras y Caretas, y por la que el gran poeta recibió la suma, que a él le pareció enorme, de diez mil francos.

Al recorrer con espacio las páginas de ese libro premuroso, escrito en una prosa que no recuerda ciertamente ni la de “La Canción del Oro”, ni menos aun, la de aquel cuento maravilloso, intitulado “La Emperatriz de la China”, que tanto alabó el fino espíritu profético y aristocrático de don Juan Valera, cualquiera que esté algo familiarizado con la vida de Rubén, advierte inmediatamente muchas omisiones y lagunas.

Quizá se deba ello a que Darío dispuso de poco tiempo, para confeccionar ese libro comercial, que ciertamente no ha agregado laurel alguno a la gloriosa existencia literaria del panida afro-nicaragüense.

A mí, que conocí muy de cerca a Rubén; que le traté cotidianamente, en el año de 1914, cuando abandonó París, huyendo de las falanges teutónicas que se acercaban a la ciudad inmortal, para ir a refugiarse en una apacible y aislada “Torre”, de las afueras de Barcelona—Calle del Tiziano,—en la vecindad de la hermosa carretera que conduce al casino de La Rabasada—no me es difícil desentrañar en su susodicha “Autobiografía”, errores, contradicciones y olvidos inexplicables.

Ahora, se me ha ocurrido poner de resalto, omisiones que se refieren a las dos estadas que el poeta nicaragüense realizó en la república de El Salvador, a donde llegó por primera vez, más o

(Pasa a la página 96)

haber omitido en sus memorias trucas, escritas más con la idea del lucro, que con el honrado deseo de relatar sinceramente los acontecimientos interesantes de su compleja y atormentada existencia, todo lo que su cuerpo y su alma debían a la generosa y eficaz amistad del general Cañas”.

Y recalca más adelante:

“Cuando Rubén se refiere a su viaje a Chile, que tanto había de influir en el desarrollo de su carrera artística, oculta celosamente quién le proporcionó los dineros para ese primer viaje traspacífico”. Agrega: “Volviendo a Darío, voy a revelar a mis lectores, que quien le suministró lo necesario para su viaje a Chile, no fué otro que el general Cañas, quien para ello no sólo vació su propia bolsa sino las de algunos amigos suyos, logrando reunir al peregrino la cantidad de trescientos pesos fuertes. Don Miguel Pinto, que es quien me suministró este dato desconocido”, etc., etc.

Y concluye victoriosamente:

“Rubén Darío, se olvidó, pues, del General Cañas, como se olvidó del Maestro Gavidia, al que cita muy a la ligera, en su autobiografía, como para quitarle importancia a los servicios materiales y espirituales que le dispensara ese grande y modesto salvadoreño; que es cierto que sirvió de mentor al poeta nicaragüense, no únicamente para el aprendizaje del francés—como se ha asegurado—sino también para el conocimiento y perfección de la misma técnica del verso castellano que Darío conocía entonces de manera asaz imperfecta”.

Todo lo anterior es calumnioso e insidioso. Todo es absolutamente embustero. Darío no olvidó en su “Vida” ni al General Cañas ni al maestro Gavidia, sino que les dedica palabras ampliamente expresivas de su gratitud y de la influencia que en su vida ejercieron. Para agregar más veneno a sus “revelaciones”, Mario Santa Cruz inicia su artículo diciendo: “He leído varias veces la autobiografía de Rubén Darío”. Mentira también. No la ha leído jamás. Porque de haberla leído siquiera una vez, habría hallado en la página 60 de la única edición que existe (la de Maucci), la siguiente declaración de Darío:

“A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fué Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño, llamado don Juan Cañas, hombre noble y fino, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua, cuando la invasión del yankee Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción, y bondad inagotable. Chileno-filo decidido desde que en Chile fué diplomático allá por el año de

la Exposición Universal. "Vete a Chile —me dijo—. Es el país a donde debes ir". "Pero, don Juan,—le contesté,—cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?—"Vete a nado—me dijo— aunque te ahogues en el camino". Y es el caso que entre él y otros amigos me **arreglaron mi viaje a Chile**".

Y respecto a don Francisco Gavidia, Darío no sólo no olvidó sus servicios, sino que se los reconoció más amplia y generosamente de lo que insinceramente manifiesta desearlo el escritor **afro-bugueño**; porque no sólo reconócele el magistral ejercicio, sino que le adjudica el honor de haberle iluminado el camino por donde Rubén llegara más tarde al movimiento poético que aún subsiste en América y España. Dice en la página 89 de la "Vida":

"Entretanto, uno de mis amigos principales era Francisco Gavidia, quien quizá sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América Española. Fué con Gavidia, la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetré, en iniciación ferviente, en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente, ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica que debía ampliar y realizar más tarde".

Otro párrafo insidioso de Santa Cruz es éste: "Sin embargo, no hay que admirarse de eso, porque Darío, que gustaba de cacarear las mercedes que le otorgaban los grandes, ocultaba, como algo desdorado, todos aquellos favores cotidianos que le dispensaban amigos menos ilustres y ricos".

Falso. En la "Vida de Rubén Darío" hay incontables testimonios de su gratitud hacia los humildes; mientras que a Núñez, a Mitre, a Xavier, y demás que Santa Cruz llama grandes, sólo una vez los menciona, agota su generosidad con "doña Jacoba Tellería" (p. 15), don Antonio Aragón (p. 47), Modesto Barrios (p. 49), las señoritas chilenas Cáceres Buitrago (p. 80), el doctor Galleguillos (p. 81) y así, interminablemente. Las innumerables dedicatorias de sus poemas inmortales, hechas generalmente a amigos de bohemia, en las mesas de los cafés, lo prueban ostensiblemente.

Pero en donde el artículo del señor Santa Cruz rebosa malevolencia que sobrepasa a la perfidia, es en la comparación desdorado que para el honor de Darío hace con la conducta de otro "citareda hispanoamericano". Leopoldo de la Rosa; pero no hay tal desdoro en esa comparación, porque de seguro es calumniosa también la imputación que se hace a De la Rosa. Confío en que Leopoldo de la Rosa destruirá esa infamia.

Ahora es tiempo de preguntar, ¿qué mueve a Mario Santa Cruz en su tenaz vilipendio de la memoria de Darío? Contestaré: Mario Santa Cruz se desquita, sobre el cadáver del poeta, de un tre-

mendo e hilarante desdén con que éste lo decorara. Hallo el dato valiosísimo en un folleto de un señor Alvarado, escritor centroamericano, titulado "Rubén Darío en Centro América", páginas 18 y 19. Dice Alvarado:

"Por entonces ocurrió un incidente penosísimo entre Rubén y un repórter colombiano que firmaba Mario Santa Cruz. Más tarde he sabido que tal nombre es un seudónimo. Este señor estaba tenazmente empeñado en que Darío le prologara un libro de crónicas ligeras, de bastante pobre mérito. La vida del poeta corría entre nocturnas e interminables veladas y obligantes atenciones de los poderes públicos, por lo cual le resultaba imposible atender solicitudes como aquélla, que le agobiaban a millares. Porque el mayor honor a que todos los principiantes aspiraban en Centro América era a que Rubén se detuviera en ellos, y así resultaba que le amargaban las horas con insistentes zalemas y no pedidas atenciones para ganar su favor. Tal era el caso del señor a que me he referido. Recuerdo el incidente porque asistí a su desenlace. En la prenombrada cantina nos hallábamos con el poeta los amigos que he citado, cuando llegó el joven Santa Cruz con un paquete de originales, que supusimos formaban un libro inédito; llamó aparte a Darío, que había libado bastante, y no sé qué le diría, pero la verdad es que Rubén se apartó de él, y arrojando el libro sobre la mesa, replicó colérico: "Usted me fastidia, señor"... La cara de Darío palidecía. Todos callamos. El ofendido recogió sus papeles y salió murmurando. Por la tarde salió en el periódico en que trabajaba, que creo se

llamaba "El Termómetro", una nota aparentemente elogiosa sobre Darío, y anónima, pero en la que, al fin, se decían de éste cosas chocantes. Esa misma noche Darío comentaba el suceso y la nota, y sobre una tira de papel escribió a la ligera un soneto, casi desconocido hoy, que tituló **Tanto mejor** (más tarde lo motejó **Tant mieux**, en francés), sobre el asunto. Recuerdo los términos del soneto, aunque creo no ser fiel en el último verso. Dice:

"Gloria al laboratorio de Canidia,
gloria al sapo y la araña y su veneno,
gloria al duro guijarro, gloria al cieno,
gloria al áspero errar, gloria a la insidia,

gloria a la cucaracha que fastidia,
gloria al diente del can de rabia lleno,
gloria al parche vulgar que imita al trueno
gloria al odio bestial, gloria a la envidia.

Gloria a las ictericias devorantes
que sufre el odiador: gloria a la escoria
que padece a la luz de los diamantes,

pues toda esa miseria transitoria
hace afirmar el paso a los Atlantes
cargados con el orbe de su gloria".

La relación del señor Alvarado pone en claro la razón de ser de las invectivas de Mario Santa Cruz contra "la gloriosa existencia literaria del panida afro-nicaragüense". Darío olvidó en su "Vida" relatar ese incidente memorable: ¡hé aquí una prueba mejor que puede explotar Mario Santa Cruz para sacar victoriosa su tesis de que el poeta tenía una flaquísima memoria!

Simón Latino

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Fonitura barojiana...

(Viene de la página 88)

arrojó de España. Doscientos mil judíos fueron lanzados de la patria. Los mismos banqueros judíos que habían prestado el dinero se vieron perseguidos y arruinados. No sólo esto, las cláusulas del tratado de capitulación de Granada no se cumplieron; los moradores de la ciudad, que no eran católicos, fueron vejados y despojados de sus haciendas. Y si los hombres de la segunda República condenaban, en el monarca que el pueblo destronó, el haber faltado a la Constitución del Estado, ahora, al revalidar la condecoración de Isabel la Católica, patrocinaban, o por lo menos disculpaban, un perjurio mayor, más horrendo y sangriento. Pero no fué sólo lo que acabamos de apuntar; Isabel la Católica despojó Málaga; saqueó la hacienda de sus moradores; no cumplió tampoco, respecto de ellos, su palabra. Y no sólo esto; Isabel la Católica fué la que sistematizó en España la Inquisición. Con esta reina tomó la antigua Inquisición un carácter feroz, terrible. Contra lo dispuesto por el Pontífice romano, Isabel hizo que los juicios de la Inquisición fueran, en vez de públicos, secretos. Y eso fué lo que dió su marca de ferocidad al famoso Tribunal. Pocas veces, en el curso de la historia, se han amontonado en torno a una figura tantas patrañas, tantas mentiras como se han amontonado en torno de la mujer cuyo nombre sirvió para honrar el mérito durante la segunda República española. El afán de las baratijas honoríficas obró la singular y extraña paradoja de que una tal figura sirviera para una condecoración republicana.

¿Dónde íbamos, queridos escuchantes? Sabemos que desde el siglo xxv desaparecieron las bibliotecas; no hay libros desde esa época en la Humanidad; los libros eran ya cosa rara; las bibliotecas que quedaban fueron destruidas. De los antiguos escritores se conservan algunos; uno de ellos es de Pío Baroja. La literatura, es decir, las obras de escritura, fué convertida en fonitura, o sea en obras habladas. Ya no existen obras literarias; todas, como saben los escuchantes, son fonitarias. Pío Baroja era un escritor sencillo; si nos interesa ahora es porque sus obras son las más parlantes de todas las antiguas. Los taraceas y arabescos de los demás escritores de la época de Baroja nos interesan muy poco. Baroja no tiene estilo; él no sabe, ni quiere saber, lo que es estilo. Al presente nosotros no sabemos tampoco lo que es eso. Estilo sería trazar curvas y más curvas, que se enredaban unas a otras y que acababan por marear al lector. Las obras de Baroja que han llegado hasta nosotros nos dan la idea de una conversación entre personas bien educadas, que no tienen prejuicios. Directamente de Baroja no nos queda más que un disco; en él podemos apreciar la voz del escritor; ese disco fué impresionado, con otros de contem-

poráneos de Baroja, por el benemérito Centro de Estudios Históricos, que también impresionó uno del primer presidente de la segunda República española. La voz de Baroja es simpática, grave, sin afectación, de hombre sincero y sin énfasis.

Ahora, lectores, volvamos del año 3204 al año en que vivimos. Pío Baroja acaba de publicar un libro de ensayos y narraciones. Se titula "Intermedios". No sabemos qué nos place más en Baroja: si las novelas o estos otros libros en que Baroja habla con entera sinceridad, con una libertad de espíritu que le coloca por encima del tiempo y le hace vivir en épocas en que no habrá ni Economía Política ni Gobiernos. Pío Baroja es acaso el único español, entre los que escriben, que está, como decía Nietzsche, por encima del bien y del mal. Por encima de Monarquías y de Repúblicas.

mento vivo, por lo común despreciado. Es enorme, en nuestro concepto, el volumen histórico que acaso sin pretenderlo modela Baroja en sus novelas. Mucha observación, muchas experiencias, mucho detalle del natural, mucha vibración de las preocupaciones actuales, muchas señales del tiempo que pasa con nosotros, y de nuestra tierra que pasa también, mudando de fisonomía, o alterando cuando menos la expresión de sus facciones esenciales.

El gesto vivaz de la España de hoy y de un ayer muy próximo aún está recogido en las novelas de Baroja como en muy pocos textos literarios. Y también en sus ensayos, artículos breves y originales conferencias.

Quien lea un autor con el interesado propósito de darle o quitarle la razón no puede leer a Baroja sin entablar vehemente polémica. Como al cabo discute con ese tipo arbitrario y divertido en medio de todo que nos encontramos por ahí, y al que nos referíamos en un principio. Y es que el propio Baroja,

Y como vive en una época futurísima, hemos imaginado nosotros, para hablar de él, que también vivíamos en esos tiempos venideros.

En este gustoso y sustancioso libro "Intermedios", un personaje dice: "Cada uno vive en su tiempo. Todo eso de la ciudadanía y del derecho me parecen cosas de abogados". Pero no es Baroja quien habla—dirá el lector,—sino un personaje creado por él. Es verdad; pero oigamos al propio autor. Dice así en este libro: "Quizá con un espíritu político claro y aséptico, esas cuestiones doctrinarias, teóricas, como la de la superioridad de una forma de gobierno sobre otra, el derecho o no derecho a la pena de muerte, todos esos tópicos, ya tan manoseados, no tendrían valor". Y en la página de enfrente: "Todos los parlamentarios, a mí al menos, me han dado la impresión de histriones".

¡Manjar fuerte este de los libros de Baroja! Los estómagos débiles lo devuelven; pero a los resistentes les sirve de alimento extremadamente nutritivo.

Azorín

Pío Baroja y su mundo...

(Viene de la página 88)

cuando habla por su cuenta, da la impresión de un "barojiano" más. De visión artística muy lírica, Baroja preside sus novelas. ¿Cómo no ha de estar presente, con exclusión de casi todos, en sus trabajos de otra índole?...

Precisamente pertenece a este grupo de obras ajenas a la novela el último libro de Baroja: "Intermedios", razón inmediata de estas líneas. Ciertamente es que incluye dos narraciones. Pero predomina el artículo, ensayo menor: la disertación sin pretensiones, el soliloquio.

Desde "El tablado de Arlequín" hasta "Intermedios" corre toda una línea de este carácter subjetivo: interesante en el doble aspecto de ilustrar temas muy vivos en el alma española contemporánea y de esclarecer auténticamente la obra misma de Baroja.

La mayoría de los retratos o, si se quiere, caricaturas que Baroja traza en su libro más reciente—muy abundante en páginas de posibles memorias—tiene un interés extraordinario para los aficionados a estudios de embriología literaria. Los gérmenes que al desarrollarse ha producido la abigarrada y pintoresca humanidad barojiana en una de sus más significativas líneas están sin duda en sus recuerdos personales: en los apuntes de su cuaderno de médico rural, de viajero curioso, de frecuentador inquieto de tertulias, de coleccionista insaciable de tipos. Notorios o no, evoca a muchos. Son bohemios de toda laya: anarquistas, intrigantes, místicos a su manera, impostores, chiflados de aldea... Casi estamos copiando el índice del libro. No lo hemos de reproducir íntegro ni hay por qué. Pero, en realidad, la mejor recomendación de esta lectura podría cifrarse en la relación de su contenido, rico de amenidad y documentos humanos.

INDICE

CUADERNOS DE AHORA:

Diego Abad Santillán: <i>La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo</i>	0.50
Juan Lazarte: <i>Revolución sexual de nuestro tiempo</i>	0.50
Francisco C. Bendicente: <i>Apuntes geográficos para una economía nacional argentina</i>	0.50
Juan Lazarte: <i>La locura de la guerra en América</i>	0.50
Raimundo Lulio: <i>Filosofía moral</i>	4.00
Prof. Dr. M. Grabmann: <i>Santo Tomás de Aquino</i> . Pasta.....	3.50
Mariano Latorre: <i>Sus mejores cuentos</i> ..	4.00
Gregorio López y Fuentes: <i>Campamento</i> . (Novela mexicana).....	3.50

Solicítelos al ADR. del Rep. Am.

M. Fernández Almagro

LA VOZ DE LOS MAYORES

Una idea amplia de la patria

= De un libro medular: *De Bogotá al Atlántico. Por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco.*—2.ª edición. Madrid. 1905 =

Constituye esta región una reserva de poderío y de grandeza para Colombia y para Venezuela, explotable cuando la energía aplicada hoy tantas veces a luchas fratricidas, trabe lid abierta con la naturaleza, la dome y la someta al imperio del hombre. ¡Grande y hermoso porvenir, pero porvenir lejano para la patria! Cuán doloroso es pensar que acaso en la evolución del tiempo, y ante la inexorable ley de la selección, sean otras razas y otros hombres los que aprovechen tanta riqueza y tanto beneficio, puestos allí por la mano de la Providencia!

Al atravesar aquellas vastas y solitarias regiones tan pródigamente bendecidas, tan olvidadas por la incuria de nuestros gobiernos, pensamos en las muchedumbres agrupadas en los países de la remota Europa, en donde el sol y el aire son escasos para los ojos y para los pulmones de los hombres; pensamos que la idea de patria, tal como ella es generalmente entendida, es una pura convencionalidad, que como todo lo convencional, entraba el criterio con cadenas que le impiden su armónico y justo movimiento. En efecto, la patria es un accidente geográfico, merced al cual hemos de considerar como compatriotas, es decir, como hermanos, a todos los que con nosotros comparten ese accidente; empero, ante la justicia y ante la razón, debe buscarse la patria, y se la debe hallar, no solamente en la comunidad de origen, sino en la comunidad de aspiraciones, en la identidad de ideales. Son nuestros verdaderos compatriotas en el campo de la historia, los lidiadores, vencedores o vencidos, por los ideales que forman la meta de nuestras aspiraciones; son nuestros compatriotas y nuestros hermanos en el campo de la vida actual, todos aquellos que luchan por los mismos principios que nosotros profesamos. Ni el tiempo ni la distancia, ni el suelo, ni el clima han de ser parte a romper esta cadena inquebrantable que ata las almas y que unifica la humanidad. Y no se crea que esto ha de disminuir nuestro amor al terruño que nos vió nacer, ni nuestro cariño por las glorias que a él o a sus hijos pertenezcan. No es este modo de ver las cosas, sino una ampliación de la idea de la patria, que permite al espíritu mayor vuelo para tender las alas, que dignifica el cumplimiento del deber, y que hace de la patria, no un campo geográfico restringido, del cual debamos aceptarlo todo como bueno, simplemente por ser suyo, aun hasta los errores o las faltas de los hombres, sino que la marca y la define en el ámbito de la actividad humana, como el centro desde el cual nos toca ejercitar nuestras fuerzas, y que debemos fecundar con nuestro sudor o

nuestra sangre en defensa de ideales más grandes y más hermosos por pertenecer a toda la humanidad.

Los farsantes y los tiranos ocultan siempre sus móviles y sus actos, detrás de los nombres hermosos consagrados en la memoria y en la veneración de los hombres. En un momento solemne y terrible, Madame Rolland exclamó: "¡Oh

libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" Y el doctor Johnson, con su sal amarga de filósofo dispéptico, refiriéndose al patriotismo, dijo así en alguna ocasión: "El patriotismo es el postrer refugio de los pillos a quienes les ha ido mal en este mundo". "**Patriotism is the last refuge of unsuccessful scoundrels**".

Y como de la libertad y del patriotismo, así de todos los grandes ideales. Las ambiciones, las codicias, los intereses sórdidos y mezquinos de los hombres, se adueñan de éstos, y los explotan en beneficio propio, y las muchedumbres engañadas creen servir a la patria, a la libertad, a la religión, cuando sólo sirven a las ambiciones humanas que tienen la habilidad y la audacia de apoderarse de las cosas venerandas, como ladrones que hurtan los vasos sagrados.

En un mismo campo de batalla chocan dos muchedumbres conducidas a la matanza como si fueran rebaños; a entreambas se les guía bajo el nombre sacrosanto de patria, y en esa lucha de muerte y de exterminio, una de ellas tiene que estar en el error. Acaso lo estén entrambas. Los poderosos mantienen vivas las convencionalidades que así les permiten dominar; destruyen o ahuyentan la idea genuina, y la verdad de los hechos y de las cosas, y así se perpetúan. La verdadera idea de patria, representa algo amplio, algo grande, algo inconmensurable, en donde quepan todos los hombres de buena voluntad, cualesquiera que sea el suelo donde han nacido. Las limitaciones y demarcaciones territoriales han de servir para otros fines que no para la perpetuación de odios y de venganzas. Cuando así se entienda la grande idea de patria, no será posible ya el espectáculo de las batallas, en el cual se pretende que hay justicia en dos corrientes opuestas de violencias, es decir, que cada una de ellas es justa, según el criterio de los hombres. Esto es tan absurdo, como sería en química sostener que un mismo reactivo produjera sobre una misma substancia, y en idénticas condiciones, distintos resultados, porque en un caso esa substancia estuviera contenida en una vasija de cristal, y en el otro en una vasija de loza. La justicia en sí es principio abstracto, y cuando dos contendedores en lucha a muerte la reclaman ambos para sí, uno de ellos, o ambos, están errados. Y si patria no es justicia ¿qué cosa es? La patria verdadera del hombre, está en la humanidad y en los grandes ideales.

Bien lo dijo Zenea:

Mis tiempos son los de la antigua Roma y mis hermanos con la Grecia han muerto.

S. Pérez Triana

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

R. Ortiz Montellano: <i>Antología de cuentos mexicanos.</i> (Pasta).....	2.50
Heinrich Mann: <i>El súbdito</i> Novela.....	5.00
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses.</i> (Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval).....	3.50
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias, educador de muchedumbres</i>	3.50
J. Miquelarena: ... <i>Pero ellos no tienen bananas.</i> (El viaje a Nueva York).....	2.25
Jean Martet: <i>Confesiones de Clemenceau</i>	4.25
Leopoldo Lugones: <i>Romancero</i>	4.00
Anangaranga: <i>Tratado indio de erotología escrito en el siglo xv, por Kalyana-Malla.</i> (Traducción, prólogo y notas de E. Barriobero y Herrán).....	2.50
Ben B. Lindsey y Wainwright Evans: <i>Matrimonio de compañía</i>	7.00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la bohordilla</i>	5.00
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i>	4.00
Luis Jiménez de Asúa: <i>La lucha contra el delito de contagio venéreo</i>	3.00
Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i>	6.00

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

Estampas

Abogar por Haya de la Torre es abogar por centenares de víctimas de la barbarie con mando

= Colaboración directa =

Todavía tolera la barbarie peruana que el preso por delitos políticos tenga quien abogue por él. No ha crecido en poder lo suficiente para acabar hasta con ese elemental derecho. Esto hace posible que Haya de la Torre pueda contar al mundo los males en que está sumido. Por Haya hablan Ismael Bielich Flórez y Manuel Respighiosi (1). El relato de estos dos abogados es revelador de lo inícuo que se vuelve la justicia en país tiranizado. Justicia decimos sólo para indicar ese aparato compuesto de juzgados, cortes, jueces, magistrados y códigos. Más valiera llamarla iniquidad. Porque no es otra cosa que instrumento de la tiranía que la usa para sus bajos oficios. El juez es un gendarme y el magistrado el rábula capaz de dar siempre la justificación al crimen y al latrocinio. Mientras tanto el hombre sufre despojos y muere como un desgraciado.

Si la actual barbarie peruana no cae fulminada y adelanta hasta un futuro distante su zarpa brutal no tendrá entonces el peruano ni siquiera quien abogue por él ante el aparato de la justicia. Allí está Venezuela con largos años de gomezalato. El despojo y el crimen pasan con naturalidad. La cárcel es el paradero de quien no se someta a la barbarie con mando. Y ni siquiera conoce el mundo los crímenes. Todo se hace en el silencio y en la complicidad. La justicia es un escarnio. Cuántos casos como este de Haya de la Torre pasan a diario en Venezuela. Pero en el Perú todavía hay quien hable por la víctima de la barbarie. Muy pronto ocurrirá lo de Venezuela. Irán haciendo fuerte la afirmación de que el juzgar a los hombres es asunto exclusivamente confiado a cada gobierno. De esta manera cerrarán a la censura honrada los expedientes bochornosos. Y el crimen y el latrocinio se perpetuarán.

Pero no ha sumido aún la barbarie al Perú en ese estado de completa desconexión con el mundo. El estudio de los defensores de Haya de la Torre ha sido posible porque el aparato de la justicia se mueve con ánimo de engañar. Metieron en él al perseguido político y cuando la protesta de afuera clama contra el procedimiento, dice la barbarie que está sometido a los tribunales comunes o del fuero militar. Astucia, es decir, irrespeto. Los defensores de Haya ponen claro lo que ocurre. El aparato de la justicia no funciona sino para arrollar la vida de la víctima. ¿Por qué se hizo preso a Haya? La barbarie inventa este motivo: "por el delito de rebelión últimamente descubierto". Los defensores argumen-

tan entonces: "¿De qué rebelión se trata? No se expresa de manera cierta y precisa el delito cuyos autores se trata de descubrir. ¿Se trata caso de la rebelión que dijo el Ministro de Gobierno, Flores haber descubierto a mediados de febrero para justificar la prisión de los miembros de la oposición parlamentaria? Como antecedente de ese delito que de manera tan imprecisa se menciona, se cita una carta y documentos, suscritos todos ellos en la época de gestación del Apra; los cuales sólo tienen un valor histórico y de doctrina para apreciar la génesis del Partido Aprista Peruano. Documentos y cartas que sostienen ideas, que por extremistas que ellas sean, no sólo no hay ley alguna que prohíba el expresarlas, sino que la Constitución vigente garantiza su libre emisión; y que se refieren a la época del régimen leguista; y como los gobiernos que se sucedieron en el poder a la caída de Leguía dictaron amnistía para los rebeldes contra ese régimen y todos aquellos que de verdad lucharon para derrocar esa tiranía y sufrieron durante ella han merecido bien del país, resulta inconcebible que en el año de 1932 se señale como antecedente de una rebelión que se dice descubierta, las cartas y documentos que revelan actuación contra el régimen leguista".

Como se ve, el aparato de la justicia necesita trabajar con un motivo que haga horrible la condición de la víctima. Se hizo preso a Haya porque formó un enorme partido con el cual fué al sufragio teniendo como opositora a la barbarie adueñada ahora del mando. Pero como todavía se guardan ciertas normas no es conveniente afirmar que se ha hecho preso a Haya por haber osado disputar a la barbarie el gobierno. Es preciso inventar justificaciones y se va entonces a lo de la rebelión. Por el delito de rebelión está el aparato de la justicia triturando a Haya. Los defensores buscan en vano argumentos para demostrar que no ha habido rebelión en que Haya estuviera comprometido. Diez meses hace que están peleando contra todas las argucias del aparato de la justicia. Da dolor ver este empeño de dos hombres. Nada conseguirán si no es la cárcel para ellos. En el fondo están convencidos de que todos los motivos aducidos por el aparato de la justicia para mantener en agonía a su defendido, son pretextos para justificar la persecución de la barbarie. No es justicia lo que el Perú ofrece hoy al peruano. Existiendo el empeño de condenar a la víctima, cuanto esfuerzo haga el defensor para contradecir y desvirtuar los cargos, es esfuerzo estéril. La barbarie necesita exterminar

al opositor inteligente que pueda acabar con ella. Y como aun no tiene fuerzas para prescindir del aparato de la justicia, lo hace funcionar con la mayor abyección.

Cosa espantosa esta de una justicia prostituída hasta el grado máximo de cinismo. Lo que ha de ser protección del hombre conviértese en burla sangrienta. Lean con atención todos el estudio de los defensores de Haya. Léanlo para que mediten lo que precisa hacer con una justicia podrida. Haya se acoge a la ley que permite su ex-carcelación mediante una fianza. Pues la gestión para dar libertad provisional a un preso es retardada cuatro meses y resuelta negativamente aduciendo este fundamento: "La gravedad de los hechos denunciados no permite, dada la naturaleza de los delitos sobre los que versa esta instrucción y su estado actual, que se acceda a la libertad provisional solicitada por el encausado Haya de la Torre". El aparato de la justicia se mueve sólo para condenar a la víctima de la barbarie. Para condenar la inventan los rábulas, sobre las leyes, la sutileza que dé la negativa contra la petición justa. No hay libertad de ningún orden para Haya de la Torre. Esto lo saben los defensores, pero prueban todos los recursos contenidos en los códigos. No hay libertad, porque la barbarie no tiene reposo si no es con su víctima pudriéndose en la celda sin aire, sin luz, sin limpieza. La vida debe volvérsela infame para que muera. Mientras no tenga más que el trato duro su salud se debilitará y al final la barbarie habrá acabado con su opositor grande.

No sabemos si este horror a la justicia prostituída que nos ha producido la lectura del estudio de los defensores de Haya es algo puramente personal. Sentimos conmovirse hondamente nuestra dignidad de hombre. ¡Qué infamia es ese aparato de la justicia cuando se echa sobre una vida con el propósito de destruirla! Sus ejecutores se vuelven bestias disciplinadas para cerrar todos los puntos de escape. A la víctima se le quiere hacer pensar que recibe el trato superior de una justicia noble y grande. Engaños simplemente. La realidad es aterradora. Si no fuera así no habrían tenido necesidad los defensores de Haya de haber producido su estudio delatando las iniquidades del aparato de la justicia peruana. Pero luchan contra fuerzas arrasadoras y se sienten vencidos.

El estudio es exposición de vencidos. Se hacen ilusiones y apelan al final de él a los Colegios de Abogados del Perú para que exijan acatamiento a las leyes. La barbarie está desatada en aquél país y no hay nada que la contenga. ¿Qué ha hecho esa barbarie de todas las peticiones de la inteligencia mundial en favor de Haya? Menospreciarlas, engañar afirmando que la víctima no recibe trato inícuo y que está sometida a procedimientos legales y de justicia. Es valeroso ese estudio, porque no va a quedar dentro del Perú sino que está siendo di-

(1) Véase lo que declaran estos abogados peruanos en la entrega pasada del *Repertorio*.

vulgado y pronto sabrá el mundo por relato peruano lo que la barbarie perpetró. Desatan contra sí la persecución y si no es la cárcel la que se los traga, el destierro dará cuenta de ellos. Pero han hecho bien Ismael Bielich y Manuel Respigliosi en difundir dentro y fuera del Perú las condiciones desiguales en que se encuentra Haya. Un nuevo testimonio para la inteligencia que no enmudece cuando el crimen hace estragos. Un testimonio que hace pensar en la fe metida dentro de ciertos espíritus que confían a la palabra serena la destrucción de iniquidades. Ajustan a términos reposados el relato y esperan que éste trabaje en la conciencia humana.

Si la barbarie acaba con Haya de la Torre no podrá perder en la indiferencia documentos que la van enmarcando bien en su puesto de infamia. No se da cuenta la barbarie peruana cómo es de constante y nutrida la acusación que la sigue por este crimen de mantener en prisión a gentes de honor. De muchos rumbos

sale el documento revelador. Días antes de haber publicado *Repertorio* el estudio de los defensores de Haya, leímos una documentada pieza de la norteamericana Anna Graves. Esta mujer admirable ha recogido en todas las fuentes veraces los informes más aleccionadores para una acusación contra la barbarie peruana. Lo ha hecho con devoción grande por Haya y por la libertad humana. ¿Cómo destruirá todo esto la barbarie?

Trabajar por Haya de la Torre es trabajar por un núcleo grande de víctimas de la barbarie. En nuestro pensamiento están todos los perseguidos cuando decimos el nombre de la figura central del movimiento aprista. Libertado uno viene la libertad de los demás. No nos cansé la lucha. Mantengámosla con fe. Sentiremos muchas fuerzas oscuras en contra. Pero es mayor el poder de los espíritus limpios aunados para condenar los regímenes bárbaros.

Juan del Camino

Costa Rica y febrero del 33.

Cundito

(Cuento dominicano)

= Envío de P. H. U. Santo Domingo, R. D. =

—Le dieron una galleta a Cundito— dijo Querito acercándose al grupo.

—¿Una galleta? ¿Y quién?—inquirió Chucho.

—Genén, el de la vieja Masú—respondió a la vez que buscaba con los ojos dónde sentarse.

Quintín clavó la mirada en Querito, se rascó la barba y abrió la boca como deseando hablar; pero pareció arrepentirse y se conformó con lanzar a considerable distancia un negro salivazo.

Quintín es un hombrecillo arrugado, amarillento, amigo de bien aconsejar y enemigo del mucho hablar. Ahora mismo pugna por decir y por no decir. El caso es serio: a Cundito le han dado una galleta y las galletas se pagan a puñaladas. De golpe, como si no comenzara a hablar ahora, dice:

—Eso es seguro, seguro... Gumersinda, la novia de Genén, tá en el lío. ¡Lo apueto!

—Me parece...—aventura Querito.

Emilia vive enfrente y aplancha. Se conoce que lo hace porque canta. Tiene una voz agradable y entona bien esas viejas canciones tan del gusto de Quintín.

Detrás, el sic sic de un machete que afilan, se mezcla con el canto y se va, de brazos con la música, por el llano alombrado de verdolaga.

Es Ceíto quien afila. Está en cuclillas. Por debajo de la pierna derecha pasa el machete, sujeto por el cabo con la diestra. Ocupa la otra mano en vaciar, intermitentemente, agua en la piedra de amolar. A poco pasa la yema del dedo grueso izquierdo por el filo y lava un tanto el colín.

Ceíto se vuelve para ver el grupo y oye a Quintín decir:

—Pó ta mal, muy mal. El hijo de mi

comadre Masú abusa de Cundito porque es má débil.

—Eso nó; eso nó!—salta Ceíto.—Genén se ha engañao. Cundito no pué quedarse con esa galleta. Los hombres semo o no semo.

Querito, metido en asombro, inquiere: —¿Pero tú lo sabías y no lo dijiste, Ceíto?

—Es que a mí no me gusta desacreditar a naiden.

Contesta, toma otra vez el "jigüerito" con su mano izquierda, echa agua en la piedra y sigue afilando su machete.

Al atardecer comenzó el ventarrón. Cundito creía enloquecer con el ruido de los árboles que caían en la loma. La lluvia venía a retazos, como trapos grises tremolados, y le pegaba en el rostro obligándole a cerrar los ojos. El techo de su rancho duró media hora, o menos. Se fué, levantado por las mil manos del viento, que comenzó inmediatamente a destrozarse los hilos de tabaco. No se veía más allá de diez pasos, pero el instinto le llevó hasta la barranca. Allí encontró un hueco, junto a un viejo tronco, y esperó la calma. Era noche cerrada cuando amainó.

¡Ah Septiembre maldito! ¡Siempre igual! Debió haber vendido el tabaco en agosto, como todos los años; así no lo hubiera perdido.

Cundito oyó el viento alejarse. Se sentía igual que si un tropel de cientos de caballos corriera por el bosque, relinchando y arrancando a su paso los arbustos y la tierra misma. Como el poblado estaba al otro lado de la loma nunca lo azotaba el temporal. Cundito dispuso marcharse; y se fué, haciendo semicírculos con los brazos, apartando las ramas que le cerraban el camino.

Estuvo así casi media noche. No podía ver ni la tierra que pisaba; la negrura era como una masa compacta y recia, imposible de partir con la simple vista. A veces resbalaba y caía; otras encontraba, providencialmente, algo donde sujetarse.

Pensando iba en el río, que debía bajar "botao", cuando le pareció oír una voz muy apagada. Fué un interminable momento durante el cual se le cargó el alma con la idea de muertos, fantasmas, entierros. Sintió las manos frías y un temblorcillo en las piernas. Otra vez la voz, como salida de muy lejos. Era una queja, pero una queja que la humedad traía con acento helador. Cundito se quedó encogido, horadando con los ojos la noche, incapaz de caminar ni de pensar, siquiera...

La reacción no tardó en llegar. Vino con la misma intensidad que aquel acogotador temor.

—¿Y si es un hombre?—se preguntó.

De súbito pensó que pudiera ser Genén. Sí, Genén; no cabía duda. Por ahí cerca debía estar su conuco, a juzgar por el tiempo que había caminado.

No se acordó de la galleta; en nada pensó. Caminaba tan de prisa como si el camino estuviera expedito y alumbrara el sol. Delante de él marchaba su alma con pasos acelerados. La sentía irse, irse... Cuando oyó otra vez la voz juntó las manos a la boca, haciendo embudo, y sin dejar de caminar gritó a todo pulmón:

—¡Ya vooooyy!!!

Un rumor sordo, de agua que se despeña, llegaba hasta él. Fué entonces cuando tuvo la seguridad; lo que así sonaba era el chorro que había en el fundo de Genén. Una vez en la orilla del fundo, sintió alivio.

—¡Genéén!! ¡Genéén!—llamó.

Pero Genén no respondió. Cundito comenzó a tantear, buscando la alambrada. Al fin pasó. Tentando, tentando, fué subiendo el repecho hasta ver un montón de escombros que se recortaba negro, aún en aquella compacta oscuridad. Los brazos de Cundito eran fuertes; tenía en los músculos hierro de su machete. Comenzó a remover maderos, tropezando, cayendo, levantándose. El viento había tirado un árbol sobre el rancho de Genén y éste fué apresado por los "jorrones" de su propia guarida. Cundito logró al fin tocar los pies y se dió a jalar con unos bríos descomunales. Genén se quejaba, aunque muy débilmente. Fué una lucha que duró una hora larga. Cundito no se daba cuenta de que era él mismo; había perdido la noción de todas las cosas. Ahora no estaba allí más que un ente empeñado en sacar algo de los escombros. Aquél que se quejaba no se nombraba Genén, ni mucho menos. Nadie había abofeteado a Cundito; nunca recibió una galleta de manos de Genén. Lo cierto es que ni existía Genén ni existía Cundito; sólo había dos hombres luchando. Uno, mejor dicho...

Cuando logró sacar el cuerpo del otro, Cundito se retornó a sí un tanto, pero

nó de modo que pudiera recordar el disgusto. Palpó por todas partes el cuerpo y empezó a asustarle la idea de que pudiera estar muerto. El calor de las axilas, a pesar de estar empapado en agua, le convenció de lo contrario. Llegó entonces el más duro luchar.

Cundito apenas podía con Genén. Además, éste se había tornado plomo y no hubo modo de doblarlo para facilitar la carga. La conciencia de su flaqueza enfureció a Cundito y la rabia le dió fuerzas suficientes para echarse al hombro el cuerpo de Genén. Se esforzó en ver hasta que le dolieron los ojos; y al fin comenzó a bajar el repecho, caminando a ciegas y plantando todo el pie para no resbalar.

Se oía distintamente la canción del chorro, fortalecido por las aguas, y las sombras trituraron aquel hombre tambaleante que caminaba abrumado con la carga de su enemigo.

Era como si hubieran surgido del vientre azul de la mañana. El lodo arropaba los pies de Cundito, tal que zapatos. Cundito caminaba balanceándose y la ceniza del amanecer pintaba de gris sus pómulos.

Quintín fué el primero en verlos llegar. Lo único que se le ocurrió pensar fué que Cundito había muerto a Genén en algún lance; pero inmediatamente se dió cuenta que de haber sido así no le hubiera traído él mismo, sobre sus pro-

picos hombros. Además, Genén no sangraba.

En la cocina, una vez hubo dejado a Genén en el catre, Cundito se dejó caer sobre una caja de gas vacía. Querito y Chucho hablaban en voz baja y le miraban. Quintín tenía alegría en el rostro, alegría de avaro que ha encontrado una mina. Se sentó en el pilón y se echó el sombrero sobre la frente. Después dijo, frotándose las manos:

—Mica, hija: ¡gano un buen cafecito.

E inmediatamente, dirigiéndose a Cundito:

—Cuéntano como fué éso.

Cundito no contestó. Sacó el cuchillo de la vaina y se entretuvo en hacer ravitas en la tierra. Dijo luego a Ceíto, dejando oír claramente cada palabra:

—Yo me voy compadre; toy muy cansado y si bebo café dipué no duermo. Le encargo que cuando Genén se sane me le diga una cosa.

Volvió el cuchillo a la vaina y se rasgó una pierna.

—¿Qué?...—preguntó Ceíto rompiendo el silencio.

—Que yo necesito, como hombres que semo, arreglar ese asunto de la galleta, y que tenga entendido que Cundito paga las galletas como las pagó su taita: a puñalá...

Dijo, se levantó y salió a largos pasos.

En la cocina quedó un pozo de silencio y una tensa red de miradas...

Juan Bosch

La mala memoria de Rubén...

(Viene de la página 89)

menos, en el año de 1882—cuando según cálculos aproximados míos—debía de tener veinte años.

La segunda vez que arribó a esa tierra hospitalaria, fué en tiempo de la administración del general Menéndez, cuyo interés por la instrucción pública y por las disciplinas de la mente, convirtió al país en una Meca para todos los espíritus andariegos y selectos del mundo hispanoparlante.

Fué entonces, cuando muerto el general Menéndez como resultado de una negra traición, que Rubén, que se había casado y había sido ayudado generosamente para fundar un periódico de carácter semi-oficial—el gran poeta nunca soltó el incensario—pensó en dejar sus periplos por tierras centroamericanas—por cuyas ciudades había vagabundead, recitando sus versos como un rapsoda helénico para acometer su primera larga navegación hacia las tierras que cobija la Cruz del Sur; que a él se le antojaban países que manaban leche y miel.

El imperdonable olvido de Rubén, que motiva este artículo y explica su título, consistió en haber omitido en sus memorias truncas, escritas más con la idea del lucro, que con el honrado deseo de relatar sinceramente los acontecimientos interesantes de su compleja y atormentada existencia, todo lo que su cuerpo y su alma debían a la generosa y eficaz amistad del general Cañas; ilus-

tre prócer salvadoreño y gran señor de pluma y espada, que consagraba a Minerva los ratos que le dejaba libre el servicio del adusto y engorroso Marte.

El general Cañas, fué uno de los hidalgos más interesantes que hayan visto la luz en el Istmo maravilloso, donde todos los problemas de la vida se resuelven entre el dulce vaivén de una fresca y bien colgada hamaca.

Cuando Rubén se refiere a su viaje a Chile, que tanto había de influir en el desarrollo de su carrera artística, aunque no fuese sino porque allá publicó "Azul", su libro primigenio, pasa como sobre brasas, y no sólo no nos dice que se embarcó en el puerto salvadoreño de Acajutla, con dirección a Valparaíso, sino que oculta celosamente quién le proporcionó los dineros para ese primer viaje traspacífico.

Sin embargo, no hay que admirarse de eso, porque Darío, que gustaba de cacarear las mercedes que le otorgaban los grandes (un Mitre, un Balmaceda, un Rafael Núñez, un Fontaura Xavier), ocultaba, como algo desdorado, todos aquellos favores cotidianos que le dispensaban amigos menos ilustres y ricos.

En el poeta nicaragüense nunca existió la disciplina del trabajo que es la que asegura al hombre la independencia personal.

Fué casi toda su vida un parásito, por dejadez más que por convicción; o, quizá porque en su fuero interno ha-

bia llegado a cristalizarse la idea de que un gran poeta como él tenía que ser mantenido por los gobiernos y por los amigos ricos, que sentían alguna veleidada simpática por sus bellos poemas y sus prosas musicales.

Algo semejante le ocurre a otro gran citareda hispanoamericano, de quien no puedo menos que referir una anécdota hilarante, que pinta a lo vivo la poca delicadeza que, muy a menudo, se alberga en ciertos pechos líricos.

Cuando Vasconcelos emprendió la edición de los clásicos, en el año de 1921, llamó como traductor al poeta de los 35 "Nocturnos" (ni uno menos), para que colaborara en la obra de verter al castellano las tragedias de Esquilo.

Leopoldo de la Rosa aceptó ese encargo, creyendo que se trataba de una sinecura; de un empleo en que sólo tendría el trabajo de cobrar su sueldo al fin de la quincena. De ahí que nunca se presentara a la secretaría de educación pública de Méjico en horas de trabajo, sino únicamente en aquellos días finales y memorables, en que por los anchos corredores del palacio construido por Vasconcelos, circulaban profusamente las gordas bolsas repletas de dinero, que iba a parar a las manos de los funcionarios de aquella dependencia ejecutiva.

Mas quiso su mala estrella, que en alguna ocasión en que se acercaba a la taquilla pagadora, tuvo ahí mismo noticia de que había sido cesado por abandono del empleo.

Montar en cólera y correr en busca de Vasconcelos para protestar, todo fué uno. La frase con que el vate exteriorizó su indignación, merece consignarse. Al encontrarse frente a frente con el ministro de educación pública, sólo pudo articular apresuradamente esto:

"Pero, Pepe, ¿cómo es posible que quieras apagar una de las antorchas de la raza?..."

Volviendo a Darío, voy a revelar a mis lectores, que quien le suministró lo necesario para su viaje a Chile, no fué otro que el general Cañas, quien para ello no sólo vació su propia bolsa sino las de algunos amigos suyos, logrando reunirse al peregrino la cantidad de trescientos pesos fuertes.

Don Miguel Pinto, que es quien me suministró este dato desconocido, me aseguró que aquella suma estaba integrada por monedas de casi todos los países del mundo, no faltando en dicho pandemónium numismático, las pesadas y valiosas "peluconas".

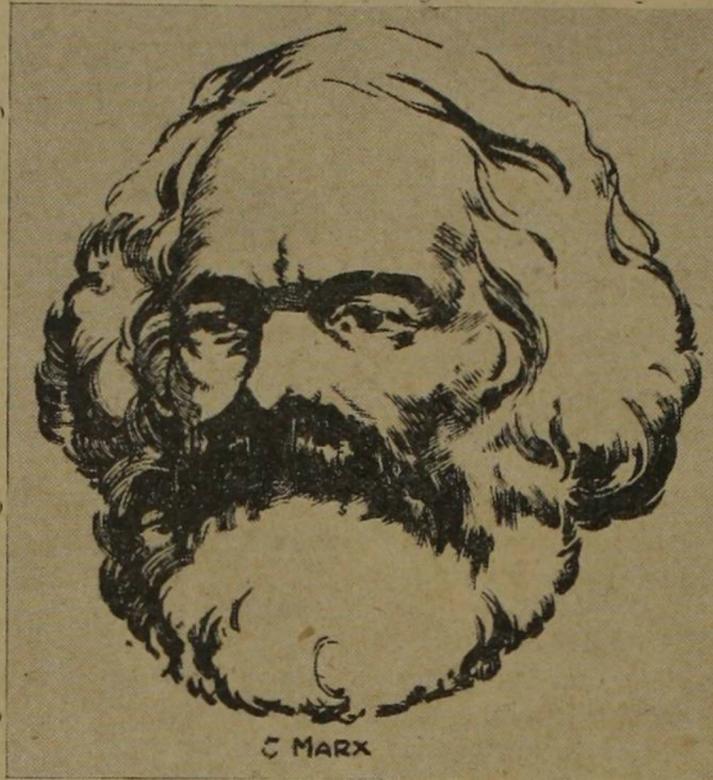
Rubén Darío, se olvidó, pues, del general Cañas, como se olvidó del maestro Gavidia, al que cita muy a la ligera, en su autobiografía, como para quitarle importancia a los servicios materiales y espirituales que le dispensara ese grande y modesto salvadoreño; que es cierto que sirvió de mentor al poeta nicaragüense, no únicamente para el aprendizaje del francés—como se ha asegurado—sino también para el conocimiento y perfección de la misma técnica del verso castellano que Darío conocía entonces de manera asaz imperfecta.

Lo escrito, creo que basta para demostrar la flaca memoria de Rubén Darío...

Mario Santa Cruz

El enigma de Karl Marx

= De Ahora.—Madrid =



Pocos días después de haberse proclamado la República, dos vecinos entusiastas colocaron una tabla en la avenida de Alfonso XIII, que desemboca en la calle de López de Hoyos y pertenece a la Ciudad Jardín. La tabla tenía este letrero: "Avenida del Catorce de Abril". No duraron mucho tiempo la tabla y el nombre. Mientras los chicuelos la destruían a pedradas, el estado mayor socialista del barrio erigía un monumento, que fué inaugurado solemnemente, bajo la poderosa presidencia del alcalde, don Pedro Rico. La avenida se llama de Carlos Marx, y sobre las letras hay un busto del personaje.

Una señora que pasaba a cierta distancia preguntó de quién era aquel retrato. Algún transeunte malicioso le contestó que era de don Manuel Cordero. "Pero don Manuel Cordero—objetó la señora—no tiene barba corrida". "Efectivamente—se le contestó; pero cuando hicieron el busto, don Manuel Cordero llevaba toda la barba". La señora no quedó muy convencida, y acercándose al sencillo monumento, vió el letrero. "Aquí dice—arguyó—avenida de Carlos Marx". Y el bromista explicó: "Carlos Marx es el nombre que ha adoptado el señor Cordero para sus funciones directivas dentro del partido". Carlos Marx, para esa señora, es don Manuel Cordero; don Manuel Cordero es Carlos Marx.

Benedetto Croce refiere una anécdota muy graciosa que recuerda el episodio de la Ciudad Jardín. Cuando, en 1867, se fundó la Internacional de Nápoles, durante la sesión inaugural entró un desconocido, alto y de tez rubicunda. Hablaba melodramáticamente, con aire misterioso de conspirador. Era Marx. Transcurrieron los años y fueron desabarrando los fundadores de la Internacional de Nápoles, llevándose al sepulcro el recuerdo de aquella noche solemne. Ya sólo quedaba uno de los fundadores, abogado muy culto y muy estimable. Hablando un día de la impresión que le había dejado Marx, su interlocutor pudo demostrarle que Marx no fué rubicundo, sino de tez pálida; que no fué de estatura descollante, sino baja; que no tenía aspecto de conspirador y que no había estado en Nápoles.

A Marx se le admira sin conocerle, y no se le conoce porque primero es necesario descifrar sus escritos. Esto no está al alcance de todo el mundo. Hace poco el ministro socialista don Francisco Largo Caballero dijo reiteradamente en el Parlamento desde el banco azul que Marx no propugna la lucha de clases, y que sólo pueden afirmar lo contrario quienes no le hayan leído. A la misma hora el ministro socialista don Fernando de los Ríos hablaba docilmente en la Universidad sobre la esencia del marxismo, y, como es natural, colocaba la lucha de

clases entre los puntos fundamentales de la doctrina. Las discrepancias no sólo se producen, como en este caso, entre un catedrático y un profano, sino entre críticos eminentes que además son marxistas. Recuérdese, si no, que Georges Sorel prologó un libro de Antonio Labriola, y que después Antonio Labriola injurió a su prologuista, rompiendo toda liga con él. Recuérdese que otro marxista insigne, Arturo Labriola, prologado igualmente por Sorel, refuta en el último capítulo a su prologuista, aun cuando lo hace con respetuosa discreción. En cambio, cuando Sombart se atrevió a interpretar la teoría del valor con un radicalismo que escandalizó a los marxistas, Engels, el hermano siamés de Marx, dió la razón a Sombart. Y los fanáticos se quedaron llenos de perplejidad. Creen que todo se consigue haciendo resúmenes o resúmenes de resúmenes, dice un crítico. Pero la verdad es que a Marx no se le entiende aun recorriendo íntegramente sus obras. Esto, cuando mucho, demostraría la paciencia de aquel aspirante a un premio de paciencia que leyó toda la Biblia en inglés sin saber inglés. Sólo tuvo un competidor, que se llevó el premio, por haberle oído toda su lectura, ignorando la lengua.

Marx no ha dejado un libro, sino muchos libros. Para conocer

cada tema hay que atar fragmentos de una dispersión desesperante. Y entonces empieza la verdadera dificultad. El materialismo histórico, por ejemplo, que parece lo más sencillo, resulta de lo más abstruso. La razón es obvia. Marx ha tratado la cuestión en párrafos muy breves, y esos párrafos son ininteligibles sin las notas sobre Feuerbach, que nadie ha tenido el cuidado de traducir y que no leen muchos de los mismos que conocen el texto original. Ahora bien; las notas sobre Feuerbach requieren a su vez antecedentes para llegar a la interpretación de lo que dice Marx. Las vulgaridades que se han escrito sobre el materialismo histórico, en pro y en contra, serían el espectáculo más divertido para Marx.

Algunas personas creen que todo Marx está en el "Capital". Yo vi a un pobre hombre, diputado, si no le confundo con otro, sumergirse en la lectura. Era un buzo sin escafandra. "Quel giorno niú non vi leggemmo avante". El "Capital" no es un libro, sino una recopilación en que están todas las cosas y otras muchas más, "mezcla extraña—dice Croce—de teorías generales, de polémica y de sátiras amargas, de ilustraciones y de disgresiones históricas, sin orden ni proporción, y en oposición a todas las leyes de la estética". Arturo Labriola le llama libro aristocrático, esto es, de lec-

tura sólo accesible a espíritus muy cultivados. Lo más importante es que no trata de la economía vulgar, sino de una metafísica económica. "La obra, por último—añade Croce—está repleta de esa fraseología hegeliana que formaba las delicias de Marx, y cuya tradición se ha perdido". En otros términos: Marx habla un lenguaje que no comprendemos. "Pero aun dentro de la tradición hegeliana, Marx empleaba la fraseología hegeliana con una libertad que deja asomar a veces una punta burlesca". De manera que para entender a Marx hay que conocer previamente la selva de Hegel. ¿Y quién es Hegel? No sé si omito algún detalle de la espiritual anécdota de Heine. Cuenta este satírico que cuando Hegel estaba en su lecho de muerte volvió los ojos y, viendo a uno de sus discípulos, declaró: "Este es el único que me ha entendido". Y añadió incontinenti: "Pero, no me ha entendido". El episodio, más profundo de lo que parece, da la medida de ese Marx que, hablando de una economía política en formación, la traduce en un lenguaje misterioso de filosofía, y no contento con esto, une la mofa al símbolo. Lectura aristocrática, a veces divertida, y a veces desesperante.

No olvidemos un dato de la biografía, que importa tener presente. Marx publicó en 1867 el primer tomo del "Capital". Aunque siguió trabajando en la obra, no la terminó, ni dió a la imprenta sus originales. Murió en 1883, y sólo después aparecieron estos fragmentos, más o menos acabados, y algunos de ellos anteriores al material del primer tomo, en el que hay partes, como el penúltimo capítulo, que fueron anteriores al resto del tomo. Todo ello debe tomarse en cuenta, así como el hecho de que se guardara bajo siete llaves la correspondencia que puede ilustrar algunos temas. Sorel dice que la familia de Marx (Kautsky-Lafargue-Longuet) ha logrado poner en ridículo la escuela marxista. Especialmente cuando los discípulos hacen el elogio de las prostitutas, como en el "Mouvement socialiste", de octubre de 1902, donde se dice que las mujeres públicas forman un proletariado femenino. Este proletariado femenino vende su "fuerza de placer" como el masculino su "fuerza de trabajo". Y, ¿qué decir de Turot con su "Proletariado del amor?" El probo marxista Berth se indigna con razón leyendo este consejo en un periódico revolucionario: "Joven obrero, hazte abache; joven obrera, hazte mujer pública. El obrador es un cuartel; el hogar es una prisión. ¡Libertaos!" ("Les confessions des intellectuels", p. 76). Buen escollo para el pasaje en que Marx ataca a la canalla (Lumpen-proletariat).

Carlos Pereyra

Acaba de ponerse a la venta la única edición completa, en español, de *El Capital*, de Carlos Marx. (Madrid, editorial M. AGUILAR, 60 pesetas); pero no se lo recomendamos para empezar. Mejor será para Ud. el tantas veces indicado por nosotros, de Mac. Donald, *Socialismo*, publicado en los «Manuales Labor», No. 67, así como la *Historia de las ideas políticas* de la misma colección; los dos recientes de Marin Civera titulados: *Socialismo y El Sindicalismo*, el primero en folleto de divulgación, de los «Cuadernos de Cultura» (Valencia), 0,60 pesetas y ambos de venta en cualquier librería; el segundo (Valencia, Pascual Quiles, 1931), más extenso, vale 3 pesetas; los *Artículos Marxistas* de Volney Conde-Pelayo, publicados hace poco y de venta en la redacción de «El Socialista» (Carranza 20, Madrid). Además: *Los fundamentos teóricos del marxismo*, por M. Tugán-Baranowsky (Madrid, editorial REUS, 1913); Fernando de los Ríos, *El serido humanista del Socialismo*, (Madrid, Javier Morata, 1926), y, aunque de menos fácil adquisición: *El problema social y el Socialismo Una solución*, por don Pedro Pérez Díaz, (Madrid, editorial RENACIMIENTO, hoy C.I.A.P., 1915).

(Crisol, Madrid.)

Imprenta LA TRIBUNA